XXI

ISBN 843230158-2

00007

9 788432 301582

XXI

13

# HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

XXI

VOLUMEN COMPILADO POR

*Franz Georg Maier*

Nace en el año 1926 en Stuttgart. En 1951 recibe el título de doctor por la Universidad de Tübingen. Tras un período de estudio en Italia y en Grecia (como miembro, entre otras cosas, de la expedición Kouklia a Chipre), se dedica a la docencia como profesor ordinario de historia antigua en la Universidad de Frankfurt. A partir de 1966, es profesor ordinario de historia en la Universidad de Costanza y dirige la misión arqueológica alemana a Chipre. F. G. Maier ha centrado su atención preferentemente sobre la historia de la Antigüedad y del Próximo Oriente. Recordemos entre sus escritos: *Augustin und das antike Rom* (1955), *Griechische Mauerbauinschriften,* 2 vols. (1959-1961), *Cypern. Insel am Kreuzweg der Geschichte* (1964), *Archäologie und Geschichte. Ausgrabungen in Alt-Paphos* (1973). *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII.* (Historia Universal Siglo XXI, vol. 9.)

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 13

# BIZANCIO

Compilado por
Franz Georg Maier

España
Argentina

historia
universal
siglo
XXI

POR NICOL, DONALD M.

# 7. La caída de Bizancio (La dinastía de los Paleólogo)

## I. *Miguel VIII Paleólogo y la Restauración del Imperio, 1261-1282*

Entre 1261 y 1453, el Imperio fue gobernado por una serie de emperadores que, con una sola excepción, pertenecieron a la dinastía de los Paleólogo. En tiempos anteriores, una estabilidad dinástica tan prolongada sirvió a menudo para asegurar la administración y llevar a cabo una política más coherente; pero en estos años finales, no pudo detener el declive del Imperio. Las causas de este declive fueron muchas: la fragmentación del Imperio como consecuencia de la cuarta Cruzada; la imposibilidad de reconstruir el gobierno centralizado que antes existiera en Constantinopla; el colapso económico y el monopolio del comercio bizantino por los italianos; la pérdida de toda el Asia Menor ante los turcos, y, finalmente, la invasión por los servios y los croatas de las pocas provincias europeas supervivientes. Ninguna de estas causas hubiera bastado aisladamente para terminar con el Imperio. Pero el efecto acumulado de todas ellas produjo en los bizantinos una desconfianza y una inquietud que se manifestaron en forma de una revolución social y política desconocida hasta entonces y en una serie de guerras civiles que dilapidaron los recursos que heredaron del siglo XIV. XII ?

El Imperio de los Paleólogo tenía como origen la sólida base creada por los emperadores de la dinastía de Lascaris en Nicea, en el noroeste de Asia Menor, durante los años de dominio latino en Constantinopla, a partir de 1204. Fue en Nicea donde Miguel Paleólogo fue proclamado regente por el presunto heredero, Juan IV Lascaris, cuyo padre, Teodoro II, había muerto en agosto de 1258. La familia Paleólogo pertenecía a la aristocracia latifundista de la que Teodoro II había desconfiado. El acceso al poder de Miguel se debió en parte a la reacción de esta aristocracia. Pero muchos se dieron cuenta que el Imperio de Nicea necesitaba un soldado para dirigirlo y no un emperador niño como Juan Lascaris; de momento, se dispuso a arrebatar Constantinopla a los latinos. Miguel Paleólogo era un soldado de gran experiencia, aunque también un político ambicioso y a veces de pocos escrúpulos. Muy a finales de 1258, fue proclamado Emperador y coronado con el nombre de Miguel VIII.

**Fig. 10.** *El Imperio bizantino en el siglo XIII.*

PIRO: REGIÓN SITUADA EN LA COSTA OCCIDENTAL DE GRECIA.

Durante algún tiempo se mantuvo la ficción de que el joven Juan Lascaris compartía su autoridad.

El gobierno latino de Constantinopla había llegado en este momento a su descomposición casi completa. Pero no era el Imperio de Nicea el único aspirante a su sustitución. El principado bizantino rival de Epiro, en el norte de Grecia, aspiraba a la conquista, primero de Salónica y más tarde de la misma Constantinopla; y su regente, el déspota Miguel II Ducas, había formado una poderosa coalición con este propósito. En ella entraron Manfredo, monarca Hohenstaufen de Sicilia, y Guillermo de Villehardouin, príncipe francés de Morea, en el sur de Grecia. La reconquista de Constantinopla de manos de los latinos tenía que esperar, pues, a que los dos principados bizantinos en el exilio hubiesen solventado sus diferencias en el campo de batalla. Miguel VIII reunió un gran ejército que envió a Macedonia al mando de su hermano Juan Paleólogo. El déspota de Epiro pidió ayuda a sus aliados y, en el verano de 1259, los dos ejércitos se enfrentaron en Pelagonia, al oeste de Salónica. Resultó victorioso Juan Paleólogo, y, por tanto, el Imperio de Nicea. El principado bizantino de Epiro sufrió una momentánea humillación; su coalición quedó deshecha, y Villehardouin fue hecho prisionero por el ejército de Nicea.

La batalla de Pelagonia fue el prólogo de la reconquista de Constantinopla y de la restauración del Imperio bizantino. La conquista se retrasó otros dos años, en los que Miguel VIII llevó a cabo sus preparativos diplomáticos y militares. Los únicos defensores eficaces del Imperio latino en sus últimos días fueron los venecianos, que tanta influencia habían tenido en su establecimiento. Para hacer frente a la potencia de la flota veneciana, Miguel VIII aceptó el apoyo de la República de Génova, la inveterada rival de Venecia. En marzo de 1261, los genoveses firmaron un tratado con el Emperador, en Ninfea, en Asia Menor. En caso de victoria, heredarían legalmente todos los privilegios comerciales de que antes disfrutaban los venecianos en Constantinopla y en las aguas bizantinas.

El tratado de Ninfea iba a tener una gran importancia para el futuro de Génova y del Imperio bizantino; y no necesitó formarse nunca, pues solamente cuatro meses después, en julio de 1261, las tropas bizantinas entraron en Constantinopla sin apoyo y casi por casualidad, mientras la guarnición latina y la flota veneciana se hallaban ausentes. El último de los emperadores latinos, Balduino II, huyó por mar. Los venecianos volvieron precipitadamente y encontraron sus almacenes y muelles incendiados. Miguel VIII se hallaba en Asia Menor, cuando recibió tan inesperadas noticias. Inmediatamente se dispuso a



SALÓNICA: (O TESSALÓNICA) CIUDAD EN LA REGIÓN DE MACEDONIA.

trasladar la sede de su gobierno de Nicea a Constantinopla, en su condición de «Emperador de los romanos». El 15 de agosto de 1261, entró en solemne comitiva en la capital, no como héroe conquistador sino como agradecido recipiendario del especial favor divino. El patriarca Arsenio llevó a cabo una segunda coronación en Santa Sofía; pero esta vez, Miguel Paleólogo fue coronado solo y su hijo Andrónico, aún niño, fue proclamado presunto heredero. El joven Juan Lascaris había quedado en Nicea. Poco tiempo después fue cegado y encerrado en prisión. Así fue como empezó el gobierno de la dinastía Paleólogo en Constantinopla.

Los ciudadanos de Constantinopla no habían visto un Emperador griego desde hacía cincuenta y siete años. Podían estar predispuestos por tanto a considerar a Miguel VIII como un usurpador. Miguel tuvo gran cuidado de conseguir y conservar su fidelidad. Reparó las defensas de la ciudad y los edificios e iglesias, que los latinos habían dejado convertirse en ruinas. Hizo revivir las instituciones y aumentó la población ofreciendo la posibilidad de volver a los huidos y a reclamar sus propiedades hereditarias e hizo concesiones especiales a los miembros de la aristocracia que le habían apoyado. Animó a los mercaderes genoveses, que habían llegado según lo acordado en el tratado de Ninfea, a reactivar el tráfico y el comercio, y al poco tiempo se les otorgó la autorización para establecerse al otro lado del Cuerno de Oro, en Gálata o Pera, donde sus descendientes permanecerían y prosperarían. También se permitió la permanencia a otros comerciantes italianos, e incluso a los venecianos que habían quedado, con la condición de que el gobernador de cada comunidad se responsabilizara ante el Emperador.

Medidas como éstas contribuyeron a estimular la reconstrucción de la Constantinopla bizantina. Pero el Imperio había sufrido una irreparable fragmentación con la rivalidad entre Epiro y Nicea; además, muchas de las provincias e islas que en un tiempo habían obedecido al gobierno central de Constantinopla estaban ahora en manos de señores franceses o italianos o, como Servia y Bulgaria, eran independientes desde hacía dos generaciones. Los sedicentes emperadores de Trebisonda, en el mar Negro, cuyos antecesores habían reclamado el título imperial en 1204, se negaron lógicamente a reconocer la superioridad de Miguel VIII. El déspota de Epiro, por su parte, cuya situación había mejorado rápidamente después de la derrota de Pelagonia, nunca quiso reconocer a Miguel como legítimo Emperador. Incluso los griegos de Asia Menor, que habían alcanzado una gran prosperidad con los emperadores de Nicea, se dieron cuenta pronto de que el traslado de la capital a Constantinopla les

TREBISONDA: CAPITAL DE LA PROVINCIA DE TRABZON, AL NORTE DE TURQUÍA, CERCA DEL MAR NEGRO.

MISTRA: CIUDAD FORTIFICADA EN MOREA, PELOPONESO, SOBRE EL MONTE TAIGETO

MONEMBASIA: PROBABLEMENTE EN CRETA.

había perjudicado. Los impuestos que ahora pagaban no revertían en su propia defensa y prosperidad, sino en las de la parte europea del Imperio.

Por tanto, a pesar del regocijo general por la recuperación de Constantinopla como ciudad bizantina y ortodoxa, había también muchos síntomas de descontento y disensión. La propia temeraria acción de Miguel al cegar y deheredar al último miembro de la dinastía de los Lascaris le enemistó con muchos que de otra manera hubieran sido leales partidarios suyos. El patriarca Arsenio le excomulgó, y todos los griegos de Asia Menor, cuyas simpatías estaban del lado de la familia Lascaris, que había gobernado el Imperio en el exilio, empezaron a considerar a Miguel no sólo un usurpador, sino también un criminal. En 1264, Miguel encontró una excusa para deponer al patriarca Arsenio, pero al hacerlo perdió la lealtad de muchos obispos y monjes que honraron al Patriarca como a un mártir. Durante casi medio siglo, la Iglesia y la sociedad bizantinas se vieron turbadas por el cisma de los arsenitas, cuya actividad estuvo a menudo muy directamente conectada con la de los partidarios de los Lascaris.

Por tanto, el pueblo bizantino no respaldaba de una manera unánime, ni mucho menos, al Emperador que les había devuelto su capital. Había enemigos de puertas para adentro, como los arsenitas; y había enemigos, tanto griegos como extranjeros, en lo que era legítimo suelo bizantino en Grecia y en las islas griegas. Guillermo de Villehardouin, que había sido hecho prisionero en Pelagonia, fue liberado y volvió a su principado de Grecia del Sur, con la condición de devolver al gobierno bizantino las estratégicas fortalezas de Mistra y Monembasia, pero olvidó su compromiso tan pronto como volvió a Grecia, y Miguel tuvo que recurrir a una guerra de reconquista en Morea, con escaso éxito. Al mismo tiempo tuvo que emplear la fuerza para someter al déspota de Epiro en el norte de Grecia. El coste de estas campañas, junto con el de reconstruir y conservar la capital, hizo estragos en el capital acumulado por los emperadores de Nicea. Pero incalculablemente mayores fueron las sumas que debió buscar para defender el nuevo Imperio frente a sus enemigos de Europa occidental.

La pérdida de Constantinopla en 1261 fue un duro golpe para Occidente y se acariciaba la idea ferviente apoyada por los papas de organizar una nueva versión de la cuarta Cruzada para recuperarla. El Emperador latino depuesto, Balduino, se había refugiado en Italia y era quien impulsaba este proyecto. El rey Manfredo de Sicilia estaba interesado en el asunto y poseía ya bases en la costa de Albania que podrían servir para una inva-



MOREA: PELOPONESO, PENÍNSULA DE GRECIA SEPARADA DEL CONTINENTE POR EL ISTMO DE CORINTO.

VITERBO:

sión por tierra del Imperio. Pero Manfredo era enemigo del Papa, sin cuyo apoyo no se podía dar a la invasión el calificativo de Cruzada. Astutamente, Miguel VIII intentó ganarse el favor del Papa ofreciéndole la reanudación de las conversaciones sobre el debatido tema de la reunificación de las Iglesias griega y romana. Sin embargo, en 1266, Carlos de Anjou, hermano de Luis IX de Francia derrotó a Manfredo y recogió su título. En ese momento, la amenaza occidental contra Bizancio se hizo más seria, pues Carlos era el gran campeón de la causa papal y deseaba desencadenar una invasión contra el Imperio bizantino. En mayo de 1267 estableció una serie de alianzas con el Emperador latino Balduino y con Guillermo de Villehardouin. Las negociaciones se desarrollaron en el palacio papal de Viterbo y su objetivo manifiesto era restaurar en Constantinopla un gobierno latino y católico. Se acordó que, como muy tarde, se reuniría un ejército en 1274 y que la ofensiva tendría como base Albania, que Carlos había heredado por conquista de Manfredo.

El Papa era la única autoridad capaz de ejercer un freno moral sobre Carlos de Anjou. Para ello debía estar plenamente seguro de la intención de Bizancio de renunciar al cisma que separaba a su Iglesia de la de Roma. La política de Miguel VIII con respecto a Occidente estaba basada en estas premisas. Era una política que se hacía cada vez más impopular entre sus súbditos, pues debía hacer cada vez mayores concesiones para convencer a los papas de que sus motivaciones eran sinceras. En el interregno entre los pontificados de Clemente IV y Gregorio X, entre 1268 y 1271, solicitó la intercesión de Luis de Francia, y durante algún tiempo Carlos de Anjou se dedicó a ayudar a Luis en su cruzada en el norte de Africa. Pero en 1271 volvió a sus preparativos. Se alió con los gobernantes de Servia y Bulgaria, los albanos le proclamaron rey y los príncipes independientes de Epiro y Tesalia autorizaron el libre paso de sus ejércitos por su territorio a causa de su enemistad hacia el usurpador de Constantinopla, Miguel.

Miguel VIII adoptó cuantas medidas diplomáticas y militares tenía a su alcance en momento tan crucial, pero finalmente no tuvo más remedio que olvidar los prejuicios antilatinos de sus súbditos y continuó buscando el favor del papado. El papa Gregorio X estaba dispuesto a proteger a los bizantinos si su Iglesia reconocía su obediencia a la de Roma. Esperaba que de esta manera podrían participar en una nueva cruzada en Tierra Santa. Anunció la celebración de un concilio en Lyon en 1274 e invitó a Miguel a asistir o enviar legados a él. Los preparativos militares de Carlos de Anjou le permitirían atacar Bizancio en ese mismo año. Por tanto, el Emperador tenía que elegir entre man-

tener una guerra defensiva frente a un enemigo bien equipado y decidido a vencer o aceptar los términos del Papa. Eligió esta última alternativa. Pero le resultó más difícil de lo que había supuesto convencer a su clero y pueblo de que era el mejor camino de salir de la encrucijada.

Hubo que reducir al silencio al patriarca José, que dirigía la oposición de Constantinopla. Los monjes condenaron enérgicamente lo que ellos interpretaban como una traición a su fe ortodoxa, e incluso los arsenitas, que formaban un grupo cismático con respecto a los ortodoxos, se unieron a las críticas contra la política del Emperador. Pero éste tenía algunos partidarios, entre los que destacaba Juan Becco, teólogo y archivero de Santa Sofía, y finalmente pudo reunir una pequeña delegación para asistir al Concilio de Lyon de 1274. Estaba compuesta por el Gran Logoteta, Jorge el Acropolita, por el ex patriarca Germán y por el obispo de Nicea, Teófanes. Llevaban consigo una profesión escrita de la fe cristiana en los términos exigidos por el Papa, firmada por el Emperador y por su hijo Andrónico.

Cuando supo que esta delegación estaba en camino, el Papa ordenó a Carlos de Anjou que retrasara sus preparativos durande otro año. El segundo Concilio de Lyon se inauguró en mayo de 1274. La delegación bizantina se vio retrasada por un naufragio y no llegó a Francia hasta fines de junio. Pero el 6 de julio, tras haber sido leídos a los obispos los documentos y después de que Jorge el Acropolita, en nombre del Emperador, hubo prestado un juramento de obediencia a Roma, se proclamó solemnemente la reunificación de las Iglesias católica y ortodoxa. Parecía que la diplomacia de Miguel VIII había ganado la partida y que la amenaza de una nueva cuarta Cruzada estaba conjurada.

Miguel aprovechó este respiro conseguido para intentar recuperar algunos de los territorios que habían pertenecido a su Imperio. Sus tropas de Macedonia atacaron el reino angevino de Albania. Un ejército y una flota invadieron Tesalia para someter al príncipe griego rebelde, mientras que otra flota al mando de Licario, un pirata italiano renegado, conseguía algunos éxitos para los bizantinos en las islas del Egeo. Pero ninguna de estas acciones tuvo efectos duraderos, y en Constantinopla la oposición a la unión de Lyon creció de tal manera que llegó un momento en que el Emperador ya no podía controlar la situación más que por la fuerza. Al perseguir a los antiunionistas, los convirtió en mártires que se refugiaron, huyendo de su reinado de terror, en las ya desafectas provincias del norte de Grecia, Trebisonda e incluso Bulgaria. Los papas que sucedieron a Gregorio X, que murió en 1276, mostraron aún mayor escepticismo sobre la



realidad de la unión y exigieron con mayor decisión su cumplimiento, blandiendo en todo momento la amenaza de la Cruzada contra Constantinopla dirigida por Carlos de Anjou.

Durante casi veinte años, tras la restauración imperial, los bizantinos tuvieron que dedicar la mayor parte de sus energías y de su atención a conjurar el peligro procedente de Europa occidental. No pudieron ocuparse, más que de manera superficial, de los graves problemas de su frontera oriental. En Asia Menor, el traslado de la sede del gobierno de Nicea a Constantinopla rompió el equilibrio político logrado antes de 1261. Miguel VIII intentó restablecer este equilibrio manteniendo relaciones diplomáticas con todas las potencias orientales: los mamelucos de Egipto, los mongoles de Persia, los tártaros de la Horda de Oro en el sur de Rusia y los turcos selyúcidas (silŷquíes). Pero la invasión de los mongoles en el siglo XIII había alterado completamente la situación en Asia Menor. En 1258, los mongoles habían tomado Bagdad. Los sultanes selyúcidas se hicieron vasallos suyos. Pero numerosos grupos de turcos nómadas de zonas más orientales penetraron en territorio selyúcida en su huida de los mongoles. Los sultanes los desviaron hacia el oeste, hacia la frontera bizantina. La encontraron muy probremente defendida por haber retirado el Emperador gran parte de sus efectivos hacia Europa, para proteger su territorio de los ataques occidentales de Carlos de Anjou.

Los turcos recién llegados, aunque no tenían un objetivo común, se inspiraban todos en el tradicional celo de los *gāzis* musulmanes, o sea en el espíritu de la Guerra Santa contra los cristianos. Después de 1261, comenzaron a hacer incursiones en diferentes puntos de la frontera, en otro tiempo bien defendida, entre el Imperio de Nicea y el sultanato selyúcida, penetrando en los fértiles valles de la parte occidental de Asia Menor. Una parte de la población griega, olvidada por el gobierno de Constantinopla y sometida a durísimos impuestos, manifestó su odio colaborando con los turcos. Las tropas fronterizas que aún quedaban desertaron a causa del retraso en la percepción de sus soldadas. Las ciudades bizantinas, precariamente defendidas por sus murallas, vieron pronto cortada la posibilidad de comunicarse entre ellas y con Constantinopla a medida que llegaban más guerreros turcos a la zona. El Emperador envió a todas las tropas que pudo retirar de Europa para que detuvieran el avance turco. Su hijo Andrónico obtuvo algunos éxitos momentáneos contra las incursiones turcas en el valle del Meandro. Pero en 1280, los turcos habían invadido ya todo el sudoeste de Anatolia y organizaban sus conquistas en principados. En el noroeste la situación era muy parecida, aunque aquí el Emperador tuvo

gran cuidado en fortificar los puntos cercanos a Constantinopla. Pero no pudo disponer de soldados suficientes para luchar en dos frentes a la vez y, al producirse finalmente la invasión por Occidente, fue allí donde concentró sus ejércitos.

En agosto de 1280 murió el papa Nicolás III, que había manifestado grandes reservas sobre la actitud bizantina con respecto a la unión de Lyon. Carlos de Anjou tuvo entonces las manos libres y ordenó el comienzo de la gran ofensiva para el otoño de ese mismo año. El ejército, concentrado en la costa de Albania, penetró en el interior para sitiar la fortaleza clave de Berat. Miguel VIII envió refuerzos a la zona, y, en la primavera de 1281, el ejército angevino fue derrotado por los bizantinos y su jefe fue hecho prisionero. La victoria de Berat devolvió la confianza a los bizantinos. Pero ello no significaba el final de la lucha, pues en febrero de 1281 Carlos de Anjou consiguió que fuera elegido Papa el francés Martín IV, quien finalmente le nombró jefe de una cruzada dirigida contra Constantinopla. En julio se hicieron los planes de esta segunda y más importante invasión de Bizancio en el palacio papal de Orvieto. Esta vez la expedición se hacía por mar y Venecia suministraría algunos de los barcos. El nuevo Papa hizo patente su simpatía por la causa, excomulgando a Miguel VIII. La unión de Lyon, que nunca había sido aceptada por la mayor parte de los ortodoxos, fue ahora rechazada por los católicos. Carlos de Anjou contaba ya no sólo con el apoyo moral del Papa sino también con la ayuda material de Venecia, Servia y Bulgaria, de los príncipes de Epiro y Tesalia y de los señores franceses de Atenas y de Morea.

Toda la península balcánica parecía estar en contra del emperador Miguel. Pero éste seguía teniendo amigos en otros puntos. El rey de Hungría era su aliado, el sultán mameluco de Egipto le ofreció su flota, y el jan de la Horda de Oro de Rusia estaba dispuesto a proteger a Bizancio contra cualquier ataque de los búlgaros. Tampoco estaba Miguel vencido diplomáticamente. Estaba en buenas relaciones con el rey Pedro III de Aragón, tradicional enemigo de los Anjou, y sus agentes agitaban a los rebeldes sicilianos en el mismo corazón del reino de Carlos. La invasión planeada en Orvieto tenía que comenzar en 1283. Pero en marzo de 1282, cuando los preparativos estaban muy avanzados, estalló en Palermo la revuelta conocida con el nombre de Vísperas Sicilianas. La flota que Carlos estaba equipando para su cruzada fue destruida, y todos sus planes quedaron desbaratados. En agosto llegó a Sicilia Pedro de Aragón y el francés fue expulsado.



La participación de Miguel VIII en las Vísperas Sicilianas es difícilmente demostrable pero fácilmente imaginable. El mismo confesó haber sido el instrumento de la liberación de los sicilianos, cuya rebelión debió ser financiada con oro bizantino, lo mismo que la intervención de Pedro de Aragón. Pero quizá sea el momento en que los hechos se produjeron lo que hace que su afirmación pueda admitirse como cierta, pues la rebelión estalló precisamente en el momento crítico para evitar la nueva caída de Constantinopla en manos de los latinos.

Algunos meses más tarde, el 11 de diciembre de 1282, murió Miguel. En los últimos años de su vida se había visto con gran claridad que los turcos constituían la nueva amenaza para el Imperio. La frontera de la provincia de Bitinia, próxima a Constantinopla, seguía resistiendo. Pero los guerreros turcos se habían apoderado de otras zonas de Asia Menor. Estas pérdidas eran, en parte, el precio de la defensa del Imperio frente a sus enemigos occidentales. Pero no eran solamente pérdidas territoriales. El coste de detener a Carlos de Anjou y financiar a sus enemigos había sido demasiado elevado para las posibilidades del Imperio en aquel momento. Miguel se vio obligado a devaluar la moneda de oro para salir adelante e igualmente a imponer fuertes tributos a sus súbditos. El coste de la consecución del favor del Papa ha de medirse en otros términos. Significó el enfrentamiento del Emperador con su pueblo y su clero, lo cual agravó las ya hondas disensiones en el seno de la sociedad bizantina, provocadas por la usurpación del trono.

Miguel VIII pudo ufanarse de haber situado de nuevo a Constantinopla en una posición prominente dentro del marco político general. Pero para la mayor parte de sus súbditos, y no solamente para los de Asia Menor, cuyo futuro era ahora muy incierto, el precio pagado había sido demasiado alto. A pesar de todos sus sacrificios, murió como un hereje y la Iglesia bizantina se negó a otorgarle un entierro cristiano.

## II. *Bizancio como potencia de segunda fila: Andrónico II Paleólogo, 1282-1321*

Andrónico II sucedió como Emperador a su padre en diciembre de 1282, a la edad de veinticuatro años. Heredaba un Imperio que mostraba ya muchos síntomas de irreversible decadencia. Pero esperaba ganarse la confianza de sus súbditos modificando la equivocada política de su padre en relación con los latinos. Su primera medida de gobierno fue rechazar la unión de Lyon y proclamarse defensor de la ortodoxia. El pa-

triarca Juan Becco, partidario de la unión, fue detenido y sustituido por su antecesor, el anciano José. Las víctimas del terror de Miguel VIII se convirtieron ahora en héroes o mártires y se convocaron varios concilios en los cuales Becco y sus amigos latinófilos fueron condenados como herejes. La viuda del Emperador tuvo que hacer una profesión pública de fe ortodoxa y jurar que no pediría nunca la celebración de unos funerales oficiales para su esposo.

Estas medidas significaron un importante paso para el restablecimiento de la confianza. Pero las heridas que el gobierno de Miguel VIII había infligido a la sociedad eran demasiado profundas como para que pudieran curarse inmediatamente. Los extremistas o zelotas eclesiásticos se apoyaban en el principio de que la fe estaba por encima de los decretos imperiales. Los arsenitas no quedaron satisfechos con el restablecimiento de la ortodoxia, pues se negaban a aceptar a José como Patriarca de Constantinopla y veían en Andrónico II al hijo del usurpador excomulgado, Miguel VIII coronado por José, que les persiguiera de manera tan encarnizada. Su propaganda, difundida desde uno de los monasterios de la capital, adquirió un tono aún más político. Las cuestiones eclesiásticas que en Bizancio fueron siempre cuestiones de Estado, iban a dominar la política interior del Imperio durante muchos años, y el Emperador Andrónico estaba tan personalmente comprometido con los problemas de la Iglesia que no podía ignorarlos ni resolverlos. La tragedia radicó en que este renacimiento de la fe ortodoxa en su forma más independiente, separó a Bizancio del mundo católico occidental en un momento en que la cooperación entre los cristianos orientales y occidentales hubiera permitido frenar el empuje de los turcos; y las disensiones en el seno de la sociedad bizantina minaron la vitalidad del Imperio y desviaron su atención en el momento preciso en que necesitaba presentar un frente unido ante el mundo musulmán.

La política exterior de Miguel VIII había sido económicamente ruinosa. Andrónico pronto comprendió que era insostenible el mantenimiento de Constantinopla como potencia mundial. Redujo el ejército y licenció toda la marina. Para su defensa por tierra, el Imperio dependía casi completamente de los mercenarios extranjeros. Para la defensa por mar, de los genoveses. Fueron medidas poco previsoras que condujeron de forma inevitable al incremento de la intervención y explotación extranjeras. Pero el Imperio se hallaba en una gravísima situación económica y Andrónico no pudo adoptar sino soluciones drásticas para sus problemas financieros. El mantenimiento de la gran capital que era Constantinopla significaba una constante sangría



para el tesoro. La riqueza seguía siendo grande, tanto en la capital como en las provincias, pero en gran parte estaba concentrada en manos de unas pocas familias aristocráticas. Era frecuente la compra y venta de cargos administrativos, y los propietarios de los grandes latifundios provinciales se oponían a dar cuenta de sus fortunas al gobierno central.

En el reinado de Miguel VIII había llegado a ser un principio de carácter generalmente aceptado el que la tierra poseída en *pronoia,* o sea, por favor imperial, que originariamente volvía a la corona a la muerte del beneficiario pasara por herencia a la familia. Al mismo tiempo, se había extinguido la obligación del terrateniente de prestar servicio militar. Ello no impidió que dichos terratenientes y sus descendientes organizasen ejércitos privados compuestos por sus vasallos, para la defensa de sus propiedades. De esta manera, la estructura de la sociedad en Asia Menor, Tracia, Macedonia y Grecia se fue feudalizando progresivamente y desinteresando de las exigencias y necesidades de la administración central de Constantinopla. La fragmentación del Imperio provocada por la cuarta Cruzada se hizo mayor a causa del creciente separatismo de sus propios habitantes. Andrónico II intentó doblegar el poder de los grandes terratenientes imponiendo nuevos tributos sobre sus latifundios. Pero los beneficios obtenidos fueron insignificantes.

Sus dificultades económicas se agravaron aún más al conceder a los genoveses el monopolio de la navegación en Constantinopla. La manifiesta prosperidad de la colonia mercantil genovesa de Gálata provocó la envidia y la ambición de Venecia. En 1285, los venecianos arrancaron del Emperador la confirmación de sus posesiones en las islas griegas de Negroponte y Creta y la concesión de nuevos privilegios comerciales en Constantinopla y Salónica. Pocos años más tarde, al caer Acre en poder de los mamelucos, Venecia perdió el último de sus, en otro tiempo, lucrativos mercados de Palestina, y sus mercaderes comenzaron a trasladar su campo de operaciones hacia el norte, en aguas bizantinas. El inevitable conflicto entre los intereses venecianos y genoveses estalló en 1296, produciéndose una serie de batallas navales delante de Constantinopla. Los principales perjudicados fueron los bizantinos, pues el Emperador se vio obligado a tomar partido y a pagar una compensación por los daños que los genoveses habían infligido a las propiedades venecianas en la ciudad. La cuestión no se solucionó hasta 1302, en que Andrónico firmó un nuevo tratado con Venecia. Pero los genoveses obtuvieron el derecho de fortificar su asentamiento de Gálata, con lo que en el futuro podrían defender sus intereses tanto frente a los bizantinos como frente a los ve-

necianos. Hubo otros mercaderes aventureros genoveses muy activos en otras zonas del Imperio. En 1304, la familia Zaccaria, a la que Miguel VIII le había concedido la explotación de las minas de alumbre de Focea, cerca de Esmirna, se apoderó de la isla de Quío, cercana a la costa. Según hicieron notar correctamente, no había ninguna flota bizantina para defenderla de los inminentes ataques de los piratas turcos, pero sus herederos conservaron Quío hasta 1329, con lo que Bizancio se vio privada de otra fuente de ingresos.

En 1282 pareció desaparecer el temor ante una invasión procedente de Italia. Pero continuaba el peligro de los príncipes bizantinos separatistas del norte de Grecia que habían apoyado esta posible invasión. El emperador Andrónico estaba emparentado por su matrimonio con el déspota de Epiro y durante algún tiempo pareció que su hijo y heredero Miguel IX se casaría con Tamara, hija del déspota, con lo que Epiro se hubiera unido al Imperio. Pero el proyecto naufragó y poco después Tamara casó con Felipe de Tarento, nieto de Carlos de Anjou, que de esta manera se convirtió en señor de los territorios angevinos de Epiro y Albania. Esta renovación de la alianza entre sus enemigos griegos e italianos produjo, como era lógico, cierta inquietud en el Emperador. Pero la seguridad de las posesiones angevinas en Grecia dependía del control sobre el principado francés de Morea, que también había pasado a ser feudo del reino de Nápoles, y en él, desde la muerte de Guillermo de Villehardouin en 1278, la anarquía reinante había sido aprovechada por los bizantinos. El enclave bizantino del sur de la península, que desde 1262 había sido defendido por gobernadores militares nombrados anualmente, fue ahora colocado bajo el control de los delegados imperiales y comenzó a asumir la condición de provincia y a constituirse en base de operaciones para la reconquista de ulteriores territorios griegos. De todas formas, pronto mostraron su debilidad los lazos entre Epiro e Italia, mientras que la facción pro-bizantina de Epiro comenzaba a ganar terreno. En 1304, Tomás, presunto heredero del despotado, casó con una nieta de Andrónico II. Los príncipes de Tesalia por su parte se mostraron más reacios a llegar a un acuerdo con Constantinopla. Pero a comienzos del siglo XIV se vislumbraba ya la posibilidad de que al menos parte del norte de Grecia se reincorporase al Imperio a base de negociaciones diplomáticas.

La rápida expansión del reino de Servia suponía un problema mucho más acuciante en esta zona. En los últimos años del reinado de Miguel VIII los servios habían comenzado a infiltrarse en la Macedonia bizantina, amenazando la seguridad de



SKOPIE (Hoy Skopje)

Salónica, la segunda ciudad del Imperio bizantino. Skopie había caído en sus manos en 1282. Andrónico II, siguiendo el consejo de sus generales, contrarios a una confrontación militar, ofreció la mano de su hermana Eudocia al rey servio Esteban Milutin. El ofrecimiento fue aceptado y se iniciaron los preparativos, pero Eudocia negó abiertamente su consentimiento. Andrónico no podía volverse atrás y en medio de su desesperación propuso que su propia hija primogénita, Simónida, que contaba cinco años, fuera prometida a Milutin en sustitución. El matrimonio se celebró en 1300. Fue un gran escándalo, condenado enérgicamente por el Patriarca. La dote que Simónida aportó a su marido comprendía todos los territorios griegos previamente conquistados. Pero este arreglo supuso veinte años de paz entre Bizancio y Servia y colaboró al aumento de la influencia bizantina en el reino servio.

En su política europea, Andrónico tuvo por lo menos poder suficiente para enfrentarse a todas las crisis a medida que se iban produciendo y evitar así un desastre total. Pero en Asia la situación le desbordó completamente. Durante los primeros años de su reinado, autorizó a los recientes invasores turcos a penetrar en la parte occidental de Asia Menor, hasta que hacia 1300 sólo seguían siendo griegas unas cuantas ciudades aisladas de lo que fuera en un tiempo la zona más floreciente y próspera del mundo bizantino. El hundimiento de la resistencia bizantina no se debió enteramente a causas militares. Se hicieron intentos de fortalecer las defensas e incluso de llevar a cabo acciones ofensivas. Desde 1290 a 1293 el mismo Emperador tomó el mando en Bitinia y se esforzó por restablecer la fuerza defensiva fronteriza. Pero sus esfuerzos se estrellaron contra las rebeliones locales y los motines entre los oficiales, a menudo instigados por los arsenitas y por partidarios de la familia Lascaris. Uno de sus más gloriosos generales, Alejo Filantrópeno, que rechazó a los turcos en el valle del Meandro, fue proclamado emperador por los griegos de la región en 1296. La revuelta fue rápidamente sofocada, pero era un síntoma de la inquietud y enemistad de la población griega de Asia Menor, explotada al máximo por los turcos. A medida que iban cayendo en sus manos nuevos territorios, los bizantinos iban perdiendo su potencial demográfico y el número de refugiados despavoridos que llegaban a la costa o a Constantinopla alcanzó proporciones alarmantes y creó nuevos problemas. Algunas de las ciudades griegas mejor fortificadas, como Filadelfia, organizaron su propia defensa frente a los invasores, pero faltaba un ejército con fuerza suficiente para expulsar al enemigo de las zonas próximas.

A comienzos de 1302, varios miles de alanos solicitaron la autorización del Emperador para atravesar el Danubio en su huida de los tártaros. Andrónico los acogió como un refuerzo providencial para su ejército. Se recaudaron nuevos impuestos para equiparles con caballos y armaduras y el hijo del Emperador, Miguel IX, se puso inmediatamente al frente de un contingente que entró en combate contra los turcos en Magnesia. Los alanos no se mostraron leales y desertaron tras los primeros combates. Otro contingente luchó y fue derrotado en Bafea, cerca de Nicomedia, en Bitinia, en julio del mismo 1302. Los turcos remataron su victoria devastando todo el territorio en torno a las ciudades amuralladas de Nicomedia, Nicea y Brusa y arrojando a miles de refugiados hacia el Helesponto y el Bósforo en dirección a Constantinopla.

La conquista turca de la parte occidental de Anatolia comenzaba entonces a consolidarse con la creación de unos principados con sus emires locales al frente. La batalla de Bafea fue ganada por un emir *gazi* llamado Osmán, cuyos guerreros comenzaron pronto a conquistar Bitinia, y que fue el padre del pueblo otomano u osmanlí. Pero todavía a comienzos del siglo XIV los osmanlíes tenían menos fama que los emiratos *gazis* de otras zonas. En el sudoeste, al otro lado del río Meandro, la conquista fue culminada por un emir llamado Mentese. Sus guerreros fueron los primeros de estos nuevos turcos que se dedicaron a la piratería en el mar. En 1300 atacaron la isla de Rodas, aunque ésta fue pronto recuperada por los caballeros de San Juan, que la convirtieron en su cuartel general. Al norte del Meandro los hijos de un tal Aydin, cuyos ataques se dirigían contra Esmirna, crearon otro emirato. Los emires de Aydin, al igual que los de Mentese, se aprovecharon de la ausencia de fuerzas navales bizantinas y se dedicaron a la piratería en el Egeo. Más al norte todavía se instalaron los emiratos de Saruján, en la región de Lidia, y de Karasi, al sur del Helesponto. Había otros, pero nadie hubiera predicho que el emirato de Osmán, relativamente insignificante y sin salida al mar, iba a convertirse en el más duradero y poderoso de todos los principados turcos.

Tras los dos desastres de 1302, en Bafea y Magnesia, cuando la situación del Emperador era casi desesperada, surgió una nueva esperanza. Una banda de mercenarios profesionales, conocida como la Compañía Catalana, le ofreció sus servicios. Había luchado durante algunos años a las órdenes del rey aragonés de Sicilia contra Carlos II de Anjou, pero en 1302 sus hombres fueron licenciados y su jefe, Roger de Flor, vio en Bizancio una nueva posibilidad de empleo. Sus condiciones eran exorbitantes,



pero el Emperador accedió de buen grado a pagarles cuatro meses de soldada por adelantado y a otorgar la mano de su sobrina a su jefe.

La Compañía Catalana aportó dudosos beneficios. En septiembre de 1303 llegaron a Constantinopla unos 6.500 hombres y casi inmediatamente provocaron desórdenes y saqueos. En 1304 descendieron hacia Anatolia y levantaron el sitio de Filadelfia. Pero en adelante, las operaciones contra los turcos fueron llevadas más bien en beneficio propio que de los bizantinos. El Emperador se dio cuenta de que era mucho más manejable una banda de mercenarios al mando de un griego que un grupo de soldados que no obedecían órdenes más que de su propio jefe. Roger de Flor planeó establecer un principado propio en Asia Menor y sólo muy a disgusto hizo volver sus tropas a los cuarteles de invierno de Gallípolis. En esta ciudad recibieron refuerzos procedentes de España. Se negaron a empezar otra nueva campaña hasta que no se pusiese al día el pago de sus soldadas, y el Emperador se vio en dificultades para encontrar el dinero. Su hijo Miguel IX proclamó abiertamente su desconfianza hacia los catalanes, no incluyéndoles en el ejército que formó para hacer frente a los búlgaros. Finalmente, Roger accedió a volver al combate a comienzos de 1305. Antes de partir visitó el campamento de Miguel IX en Adrianópolis, y estando en él fue asesinado por un alano del ejército de Miguel. Junto con él fueron asesinados trescientos hombres de su ejército.

Los restantes catalanes achacaron a los bizantinos el crimen. Eligieron un nuevo jefe y organizaron un pretendido estado hispánico independiente en la península de Gallípolis. Durante más de dos años tuvieron en jaque a la región situada al oeste de Constantinopla y todos los esfuerzos de Miguel IX para desalojarlos por la fuerza y de su padre para llegar a un acuerdo con ellos fueron inútiles. Quisieron ganar a su causa a un gran número de turcos, invitándoles a atravesar el Helesponto. Una vez que hubieron agotado todos los recursos en Tracia, se trasladaron hacia occidente, en dirección a Salónica. En 1308 llegaron a Calcídica y saquearon los monasterios del monte Atos. Pero las murallas de Salónica resistieron y en 1309 descendieron a Tesalia y de allí a Atenas. El duque francés de Atenas, Gualterio de Brienne, les tomó a su servicio, dándose cuenta más tarde que no podía librarse de ellos; en marzo de 1311, el duque y muchos de sus caballeros murieron en una batalla contra los catalanes, a orillas del río Cefiso, en Beocia. El ducado francés de Atenas y Tebas, una de las reminiscencias de la cuarta Cruzada, pasó así a estar durante unos setenta años bajo dominación catalana.

Los catalanes, cuyos servicios habían sido requeridos para salvar al Imperio bizantino, causaron graves perjuicios no sólo a los territorios imperiales de Tracia y Macedonia, sino también a la economía del Imperio. Para hacer frente a los gastos que ocasionaban, el Emperador se vio obligado a devaluar una vez más el numerario en 1304. El contenido de oro del *hyperpyron,* que cien años antes había sido del 90 %, fue reducido al 50 %. Al ser recaudados la mayor parte de los derechos aduaneros genoveses y venecianos, hubo que recurrir a otras formas de impuestos sobre el pueblo bizantino, especialmente en las provincias occidentales. Una tercera parte de todas las tierras poseídas en calidad de *pronoia* fueron confiscadas por el Estado, y muchos latifundios que hasta el momento habían disfrutado de la exención fiscal, y entre ellos algunos pertenecientes a los grandes monasterios, fueron ahora cargados de impuestos. Además se introdujo un nuevo tipo de impuesto en especie, pagado por los agricultores: el *sitokrithon,* que se recaudaba en trigo y cebada en cantidad proporcional a la extensión de tierra de cada agricultor.

PROBLEMAS DE ALIMENTOS EN CONSTANTINOPLA

Tales medidas permitieron al menos pagar a los catalanes e incluso proporcionaron cierta prosperidad adicional para el tesoro después de que éstos se hubieron ido. Pero no pudieron paliar la miseria de aquellos a quienes habían despojado los turcos o los catalanes. Desde 1305 Constantinopla estaba llena de refugiados procedentes de Tracia y de Asia Menor. Escaseaban los alimentos y había un próspero mercado negro de trigo. El patriarca Atanasio organizó la ayuda a los pobres y hambrientos y presionó al Emperador para que estrechara el control sobre la compra y venta de trigo y la fabricación de pan. Pero la agricultura de la región en torno a Constantinopla estaba completamente arruinada, al haber estado viviendo de la tierra en Tracia los turcos atraídos por los catalanes. Algunos de ellos se pusieron al servicio de Milutin de Servia, pero unos 2.000 se hicieron fuertes en Gallípolis y hasta 1312, con la ayuda de los servios y los genoveses, no pudieron los bizantinos cercarlos y derrotarlos. Un importante granero era el norte de Tracia, que en su mayor parte no había llamado la atención de catalanes y turcos, y desde cuyos puertos a orillas del mar Negro los barcos genoveses cargaban el trigo con dirección a Constantinopla. Pero incluso allí era la situación poco clara, pues los búlgaros crearon graves problemas al Imperio. Teodoro Svetoslav, que había iniciado en 1300 la liberación de Bulgaria de manos de los tártaros, ocupó los puertos bizantinos del mar Negro y en 1307 obligó al emperador Andrónico a firmar un tratado cediéndolos a Bulgaria.



Los turcos seguían su inexorable conquista de la parte occidental de Asia Menor. Durante algún tiempo el Emperador mantuvo la esperanza de una intervención de los mongoles por el este y llegó a un arreglo con su jan, que envió un ejército a Bitinia en 1307. Consiguió escasos resultados, salvo el de espolear aún más a Osmán, y tras la partida de los catalanes no había una resistencia debidamente organizada ni frente a los osmanlíes ni frente a los otros emiratos *gāzī* del sur. Al final, Andrónico II hizo un tardío intento de revitalizar la marina bizantina. Se impusieron nuevos tributos para construir una flota de veinte navíos de guerra y sostener un contingente de 1.000 jinetes en Bitinia y 2.000 en Europa.

ANDRÓNICO APUESTA A LOS MONGOLES.

La fuerza material del Imperio fue declinando rápidamente en tiempos de Andrónico, pero los asuntos de la Iglesia nunca dejaron de ocupar su atención. En 1310 tuvo la satisfacción de presidir el acto de reconciliación formal entre los arsenitas y la Iglesia ortodoxa. Su causa, como la de los partidarios de los Lascaris, había perdido gran parte de su fuerza con la ocupación turca del antiguo Imperio de Nicea. En 1312 ordenó que los monasterios del monte Atos, que siempre habían estado bajo el control imperial, en el futuro estuvieran sometidos a la autoridad del Patriarca de Constantinopla. El Emperador elaboró también una nueva lista del orden de prioridad de los obispados. El patriarca Atanasio, que desempeñó el cargo en dos ocasiones durante el reinado de Andrónico, se ganó muchas enemistades debido a su puritanismo y a su rigurosa observancia de los principios cristianos. Pero ejercía una gran influencia sobre el Emperador y colaboró en la reafirmación del *status* de la sede de Constantinopla como cabeza indiscutible de todas las Iglesias ortodoxas dentro y fuera de los límites del Imperio. Entre los mismos bizantinos era evidente que, en tiempos de Andrónico II, la Iglesia consiguió todo el prestigio y autoridad que había perdido el Imperio.

Pero hubo un aspecto en el que el reinado de Andrónico II fue testigo de notable renacimiento: el de las artes y las ciencias. Es una paradoja en la historia bizantina que la decadencia material del Imperio en el siglo XIV fuera acompañada de un renacimiento de la literatura, la cultura y el arte. Este proceso había comenzado durante los años del exilio en Nicea. En el campo de la literatura se manifestó sobre todo en un renovado interés por la erudición e historiografía griegas. Jorge el Acropolita, el historiador del período de Nicea, que llegó a ser Gran Logoteta en tiempos de Miguel VIII, fue un continuador consciente de la tradición de Tucídides. Desde 1261, el Emperador

LOGOTETA: SECRETARIO DE LA BUROCRACIA. EL GRAN LOGOTETA UNA ESPECIE DE CANCILLER EN EUROPA OCCIDENTAL.

le puso al frente de la restablecida Universidad de Constantinopla. Jorge Paquimero, que nació en Nicea y murió en Constantinopla en 1310, escribió también la historia de este período, pero se interesó además por la filosofía, las matemáticas y la astronomía. Sus contemporáneos gustaban de comparar a Constantinopla con la Atenas de la antigüedad y a la Corte de Andrónico II con el Liceo y la *Stoa*. Los sabios que la frecuentaban obtenían la mayor parte de sus conocimientos de fuentes antiguas. Sobresalieron en los comentarios eruditos y en las paráfrasis de los clásicos. Pero su cultura carecía de originalidad, exceptuando quizá el campo de las matemáticas. En él, el monje Máximo Planudo abrió nuevos cauces al adoptar los números árabes, aunque Planudo sea más famoso por sus traducciones al griego de algunas obras de San Agustín, Boecio e incluso Ovidio. Estos sabios manifestaron en parte su vanidad en su afán enciclopedista. Quienes estuvieron más cerca de este propósito fueron Teodoro Metoquito, Gran Logoteta de Andrónico II, y su discípulo el historiador Nicéforo Grégoras. Metoquito había leído todas las obras filosóficas y científicas del mundo antiguo. Sus conocimientos enciclopédicos se pueden apreciar leyendo la serie de ensayos que ha llegado hasta nosotros. Pero su gran afición, que transmitió a su discípulo Grégoras, quizá el sabio más importante de su época, era la astronomía. Nicéforo Grégoras, que vivió y escribió la historia de las dos guerras civiles y la de la controversia teológica que agitó a la sociedad de su época, escribió también un tratado acerca de la construcción del astrolabio, observó y predijo eclipses y propuso una reforma del calendario juliano. Fue un gran expositor, aunque no creador, de la filosofía, aunque estuvo más inclinado hacia el platonismo y neoplatonismo que hacia la dialéctica de Aristóteles. Consideraba las matemáticas y la astronomía como la quintaesencia de la sabiduría humana. Pero para Grégoras, lo mismo que para la mayor parte de sus contemporáneos, a pesar de su entusiasmo ante el redescubrimiento de la cultura griega antigua, la teología seguía siendo la reina de las ciencias. Al final de su vida, durante la disputa sobre la doctrina de los hesicastas, Grégoras se ocupó exclusivamente de cuestiones de teología, olvidando sus otras aficiones, y murió en 1360, mártir de sus convicciones religiosas.

Este renacimiento de la cultura en Constantinopla y Salónica fue en parte impulsado por la creciente helenización de los bizantinos y por el orgullo de monopolizar la herencia de la sabiduría helénica. Teodoro Metoquito se enorgullecía de no tener ninguna deuda con la cultura latina ni con ninguna otra



MÁXIMO PLANUDES: EMBAJADOR EN VENECIA BAJO ANDRÓNICO II, HACIA 1297. ESCRIBIÓ SOBRE LA NUMERACIÓN INDIA

DEMETRIO CIDONIO:

JUAN CANTACUCENO:

cultura extranjera. Esta identificación de lo bizantino con lo griego era comprensible en un momento en que el Imperio se veía rápidamente reducido a sus provincias específicamente griegas. Pero había quienes consideraban esta actitud como una mera pedantería retórica, y eruditos, como Planudo, admiraban cuanto conocían de la cultura occidental. Entre éstos destacó Demetrio Cidonio, que viajó por el extranjero como estadista a mediados del siglo XIV y que sirvió durante muchos años en calidad de primer ministro a los emperadores Juan Cantacuceno y Juan V. Cidonio fue uno de los pocos bizantinos que admiró a Tomás de Aquino, cuyas obras tradujo al griego y fue el precursor del selecto grupo de bizantinos, sobre todo intelectuales, que abrazaron la fe de la Iglesia de Roma y se volvieron hacia Occidente para intentar salvar a su Imperio de la ruina. Cidonio dejó también escrita una amplia colección de cartas, que, aunque a menudo son solamente meros ejercicios literarios, arrojan mucha luz sobre la historia de la segunda mitad del siglo XIV. Pues, cosa extraña, los acontecimientos de este período no fueron narrados por ningún historiador bizantino contemporáneo. El último de los historiadores griegos del siglo XIV, y uno de los hombres más cultos de su época, fue el emperador Juan VI Cantacuceno, que escribió sus memorias tras su abdicación en 1354. Se trata de una de las obras más literarias y cuidadas de toda la historiografía bizantina. Pero nadie recogió el hilo de los hechos donde Cantacuceno lo había dejado hasta mediados del siglo XV. Hacia 1360 da la impresión de haber perdido la mayor parte de su fuerza el movimiento de renacimiento cultural bizantino.

El renacimiento artístico que acompañó al literario conservó, sin embargo, su fuerza. El ejemplo supremo del arte del siglo XIV está constituido por los mosaicos y pinturas al fresco de la iglesia de Cora (*Kahrie-Djamie*) de Constantinopla, que fue restaurado a expensas de Teodoro Metoquito antes de 1332. Otros ejemplos de mosaicos de esta época se pueden encontrar en la misma Constantinopla, en la *Kilisse Djamie* y en Salónica, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Pero fue en la pintura de frescos más modestos o en la de iconos en las ciudades provinciales, como Mistra, en Morea, en la que se pueden hallar algunas de las más hermosas obras del arte tardío bizantino, o en el Imperio de Trebisonda, donde los artistas bizantinos mejor se expresaron. Y fue mediante la continua vitalidad de la Iglesia en tanto que factor común en los países ortodoxos como las influencias artísticas y culturales bizantinas se extendieron a Servia, Bulgaria, Rumania y Rusia en este período.

MOSAICOS Y FRESCOS.

HESICASTAS:

CORA, IGLESIA

## III. *La época de las guerras civiles: Andrónico III y Juan VI (1321-1354)*

La vida familiar de Andrónico II estuvo llena de desgracias. Su hijo Miguel IX, nacido de su primera mujer, fue coronado co-emperador en 1294. Su segunda mujer, Irene de Monferrato, le dio otros tres hijos y pretendió que su esposo dividiera el Imperio en una serie de principados. Andrónico se negó, sin embargo, a adoptar una medida tan inusitada e Irene le abandonó refugiándose en Salónica. La sucesión pareció asegurarse aún más al convertirse en co-emperador en 1316 el mayor de los dos hijos de Miguel IX, Andrónico III. El joven Andrónico, que era en principio el favorito de su abuelo, tuvo una disoluta juventud. Como consecuencia de una de sus aventuras amorosas se convirtió en agente involuntario de la muerte de su hermano menor. La impresión fue demasiado fuerte para su padre Miguel IX, que cayó enfermo y murió en 1320. Parecían frustrados todos los planes dinásticos hechos por Andrónico II, que desheredó a su nieto.

Estos fueron los acontecimientos que desencadenaron la primera de las guerras civiles que iban a agitar al Imperio durante el siglo XIV. Pero las causas eran más profundas. En 1320 hacía ya casi cuarenta años que Andrónico II ocupaba el trono. Parte de la joven generación aristócrata se dio cuenta de que carecía de directrices políticas y de que su época había pasado. Este sentimiento debió de ser compartido por los que aún tenían latifundios en Macedonia y en el norte de Tracia, cuyas calamidades hasta el momento se habían reducido al aumento de sus impuestos y a la pérdida de su inmunidad. Al ser desheredado Andrónico III en 1320, su causa fue defendida por varios de sus amigos, que le convencieron para defender sus derechos sucesorios. Entre ellos destacaban Juan Cantacuceno, Sirgiano Paleólogo y Teodoro Sinadeno. Cantacuceno, al igual que Sirgiano, era de la misma edad que el joven Andrónico y provenía de una familia muy bien relacionada, que poseía extensas propiedades en Macedonia, Tracia y Tesalia. Su carrera política y militar, que se inició de manera efectiva con la primera guerra civil, le conduciría finalmente al trono, y gran parte de la historia bizantina del siglo XIV estuvo conformada por su política y fue descrita por su pluma en las memorias que más tarde escribió. Sirgiano estaba emparentado con las familias de los Paleólogo y los Cantacuceno, aunque era de origen extranjero. Sinadeno pertenecía también a la aristocracia terrateniente y ocupaba un cargo militar en Tracia. El cuarto



cómplice era un aventurero sin escrúpulos llamado Alejo Apocauco, que debía su fortuna a Juan Cantacuceno.

Cantacuceno y Sirgiano prepararon el terreno para la rebelión en Tracia, alimentando la enemistad del pueblo, dispuesto ya a enfrentarse a los recaudadores de impuestos del Emperador. El dinero se empleó para reclutar ejércitos. En Pascua de 1321, Andrónico III huyó de Constantinopla y se unió a sus partidarios en Adrianópolis. Los acontecimientos futuros tuvieron tres fases. En junio de 1321 el anciano Emperador tuvo que aceptar que su nieto reinara como Emperador en Adrianópolis. La guerra estalló de nuevo, sin embargo, al cambiar de partido Sirgiano, celoso de la posición de Cantacuceno. Un segundo arreglo se consiguió en 1322. Durante algún tiempo, los dos emperadores acordaron reinar conjuntamente y en 1325 Andrónico III fue solemnemente coronado Emperador en Constantinopla. Pero había una atmósfera de sospechas e intrigas. Sirgiano fue descubierto en un complot para asesinar al anciano Emperador y encerrado en prisión. El gobernador de Salónica, Juan Paleólogo, se proclamó príncipe independiente, con la ayuda del rey servio Esteban Dečanski. Parecía haberse detenido la actividad normal de gobierno, mientras se olvidaban casi completamente las necesidades militares del Imperio. Grupos de piratas turcos saquearon las costas de Tracia, y aunque se hicieron algunos nuevos intentos para expulsar a los turcos de Filadelfia, en abril de 1326 los osmanlíes se apoderaron de la ciudad de Brusa, en Bitinia.

La tercera y última fase de la lucha comenzó en otoño de 1327 y esta vez la guerra alcanzó mayores proporciones, pues intervinieron en bandos opuestos Servia y Bulgaria. Pero en enero de 1328 Salónica se puso de parte de Andrónico III y en mayo del mismo año, ayudado por Cantacuceno y por sus partidarios de dentro de la ciudad, el joven Emperador entró en Constantinopla. Andrónico II se vio obligado a abdicar. Murió en 1332, en un monasterio. Su Gran Logoteta, el sabio Teodoro Metoquito, fue exiliado. El triunfo de Andrónico III fue, en cierto modo, el de nuevos hombres con nuevas ideas. Pero los años de luchas habían arruinado de nuevo la economía y la agricultura y los vecinos y enemigos del Imperio, servios, búlgaros, italianos y turcos se habían aprovechado de la confusión reinante. La mano derecha del nuevo Emperador era Juan Cantacuceno, que se contentó con el cargo de Gran Doméstico, declinando el ofrecimiento de compartir el poder imperial. Gracias a su mediación fue puesto en libertad el traidor Sirgiano. Sinadeno fue nombrado prefecto de Constantinopla y a Alejo le fue confiado el tesoro.

El Imperio bizantino estaba bajo el control de hombres más jóvenes y decididos. Como prueba de ello, el Emperador y su Gran Doméstico iniciaron una campaña en Bitinia a comienzos de 1329. Pero también los osmanlíes contaban con nuevo jefe. Osmán había muerto en 1326 y había sido sucedido por su hijo Orján. En junio de 1329 este primer ejército bizantino fue derrotado por Orján y sus guerreros, primero en Pelecano, cerca de Nicomedia, y más tarde en Filocrene, en la costa. El Emperador fue herido, pero Cantacuceno cubrió su retirada y trajo de vuelta a Constantinopla los restos del ejército. La batalla de Pelecano significó el principio del fin de la dominación bizantina sobre Bitinia. Orján se apoderó de Nicea en marzo de 1331 y de Nicomedia en 1337. No se veía otra alternativa que llegar a un acuerdo con los conquistadores. En 1333 Andrónico III firmó el primer tratado de Bizancio con los osmanlíes y accedió a pagarles un tributo anual.

Una política semejante se adoptó en relación con los otros emiratos turcos de Asia Menor. En otoño de 1329 los habitantes de Quío se rebelaron contra sus dominadores genoveses. El Emperador acudió prestamente en su ayuda y la isla volvió bajo la dominación bizantina, junto con Focea, en el continente. Allí estableció Andrónico su primer contacto directo con Umur, emir de Aydin. La actividad de Umur había ya llegado a oídos del mundo occidental, pues ya en 1332 controlaba el puerto de Esmirna y sus navíos piratas llegaban en sus incursiones hasta la isla de Negroponte, en poder de Venecia, y el litoral griego. Los italianos, y sobre todo los caballeros de Rodas y el rey francés de Chipre, pensaban formar una liga para su defensa común frente a los piratas de Aydin y Mentese. El papa Juan XXII quiso transformar esta liga en una cruzada. Pero la actuación de los miembros de la liga inclinó a Bizancio a fortalecer aún más su alianza con los turcos. En 1335 los genoveses, ayudados por los caballeros de Rodas, ocuparon la isla de Lesbos e intentaron recuperar Quío. Andrónico III, impulsado por Cantacuceno, llamó inmediatamente en su ayuda a los turcos. Umur de Aydin acudió a su encuentro en Kara Burun, frente a Quío, y allí, en 1335, se firmó un nuevo tratado. Umur cedió barcos al Emperador para recuperar Lesbos, recibiendo a cambio una gran suma de dinero. En el tratado se especificaba el reconocimiento por parte de los bizantinos de la independencia del emirato de Aydin. Pero a cambio supuso la paz en este sector durante bastantes años y garantizó al Emperador un constante refuerzo de tropas turcas para apoyar la causa bizantina.



Mientras tanto en los Balcanes había estallado la guerra entre Servia y Bulgaria. En 1330 los servios derrotaron a los búlgaros en Velbuzvd (Kustendil). Se trataba de un conflicto que sólo de manera indirecta afectaba a Bizancio, pero sus consecuencias fueron alarmantes al surgir en él un nuevo rey de Servia, Esteban Uroš, conocido por Dušan, que iba a dominar los acontecimientos en los Balcanes durante muchos años. Dušan unió Servia y Bulgaria al casar con una hermana del zar búlgaro Iván Alejandro y comenzó a planear la conquista de todas las provincias europeas de Bizancio y de la misma Constantinopla. En un principio le animó a ello la defección a su propia Corte de Sirgiano, al que Andrónico había nombrado gobernador de Salónica. Sirgiano fue finalmente asesinado por un sicario del Emperador y el asunto terminó con un nuevo tratado entre Andrónico y Dušan, firmado en 1334. Pero Dušan había visto la posibilidad de que otros bizantinos pudieran servir a sus planes.

Ciertamente, el Imperio en tiempos de Andrónico III inspiró algo más de respeto a sus vecinos. Se había visto obligado a hacer concesiones a los turcos, aunque era mejor tenerlos como aliados que como enemigos, pero los servios, búlgaros e italianos habían comprobado que los bizantinos seguían teniendo cierta capacidad de resistencia. También se llevaron a cabo ciertas reformas internas. La economía estaba en una situación muy mala, aunque se obtuvieron las grandes sumas necesarias para pacificar a los turcos, y hombres como Cantacuceno estaban dispuestos a arriesgar su fortuna personal para apoyar a un gobierno en el que tenían cierta confianza. Andrónico III adoptó también medidas para erradicar la corrupción, nombrando cuatro jueces supremos encargados de supervisar la aplicación de las leyes. Su abuelo había fracasado en su intento de crear, en 1296, un alto tribunal de apelación. La reforma de Andrónico no tuvo mucho más éxito, pues se vio que los propios jueces supremos eran también corruptibles. No es casualidad que en el siglo XIV fuera recayendo en la Iglesia un número creciente de cuestiones judiciales. En todos los casos, los querellantes preferían la imparcialidad de un tribunal patriarcal o episcopal a la venalidad de su tribunal local. Pero la institución de los jueces supremos sobrevivió e incluso fue ampliada más tarde con el nombramiento de jueces en otras ciudades, igualmente con amplios poderes. Ya era algo llevar a cabo un intento de reforzar el aparato legal en un momento tan caótico.

Sin embargo, el mayor logro de este reinado fue, evidentemente, la recuperación para el Imperio de las provincias de Epiro y Tesalia, tanto tiempo separadas de él. En Tesalia, el

último descendiente de la dinastía griega independiente, murió en 1318 sin dejar descendencia. En el país se produjo una fragmentación de tipo feudal o la simple anarquía. Los bizantinos comenzaron la penetración por el norte, desde Salónica, y los catalanes por el sur, desde Tebas, mientras que algunas familias albanesas comenzaron a penetrar sin oposición en las llanuras de Tesalia. Pero en 1333, al morir el más importante de los magnates locales, el Emperador, que se hallaba en Macedonia, aprovechó la oportunidad para enviar algunas tropas y reivindicar Tesalia como provincia imperial. Los habitantes, incluso los inmigrantes albaneses, accedieron gustosos y fue nombrado un gobernador imperial.

La reconquista de Epiro se produjo algunos años más tarde. También aquí murió en 1318 el último heredero directo de la dinastía griega independiente, el déspota Tomás. Epiro pasó entonces a manos de la familia italiana de los Orsini, que durante mucho tiempo había gobernado en la cercana isla de Cefalonia. Juan Orsini (1323-1335) recibió de Andrónico III el título bizantino de déspota. Pero en 1335 fue asesinado por su mujer, Ana, griega, que gobernó en calidad de regente de su hijo Nicéforo, y buscó un mayor acercamiento a Bizancio. Dos años más tarde, Andrónico y Juan Cantacuceno, que estaban en una campaña por Albania, visitaron Epiro y aceptaron la sumisión de Ana. Pero no todos los habitantes de Epiro se mostraron de acuerdo con esta medida y su hijo Nicéforo fue llevado secretamente a la Corte de Catalina de Valois, en Italia. Catalina, como heredera del Imperio latino de Constantinopla, vio grandes posibilidades en el apoyo a una rebelión contraria a la imposición del gobierno directo de Bizancio, y volvió a enviar a su patria a Nicéforo, acompañado de una flota italiana. Sin embargo, la revuelta no tuvo gran eco y fue prontamente aplastada al aparecer de nuevo Andrónico III y Cantacuceno con un ejército. A finales de 1340 Nicéforo fue trasladado a Constantinopla, donde más tarde casaría con la hija de Cantacuceno, María. El primo de Cantacuceno, Juan Angel, fue nombrado gobernador de la recién establecida provincia de Epiro, mientras que su amigo Teodoro Sinadeno pasó a ser gobernador de Salónica.

La recuperación de toda la parte norte de Grecia fue un gran triunfo. Pudo haber marcado el resurgimiento de Bizancio como gran potencia europea, tras la pérdida de sus territorios en Asia Menor. Pero sólo algunos años más tarde, tanto Epiro como Tesalia, fueron incorporadas al Imperio en expansión de Esteban Dušan de Servia, que parecía tener toda la vitalidad que Bizancio había perdido. Este triunfo, como la mayor parte



de los éxitos diplomáticos y militares de Andrónico III, fue en gran parte obra de Juan Cantacuceno. Su fuerza y su influencia sobre el Emperador fueron causa de envidia entre sus colegas, y su resentimiento llegó al límite al morir Andrónico III el 15 de junio de 1341 sin haber tomado disposiciones sucesorias. El mayor de sus hijos, Juan Paleólogo, contaba solamente nueve años. Muchos encontraban lógica la regencia de Juan Cantacuceno, el eterno amigo del último Emperador. Pero hubo otros que creyeron llegado el momento de provocar la caída del rival político. La Emperatriz viuda y madre de Juan, el niño Emperador, Ana de Saboya, había odiado siempre a Cantacuceno. Otro oponente declarado era el patriarca Juan Calecas, pues pretendía también la regencia del Imperio. Pero el hombre que más agudizó la crisis fue el advenedizo Alejo Apocauco, que recientemente había añadido a sus lucrativos títulos el de Gran Duque o alto almirante. Fue él quien atizó las llamas del resentimiento contra Cantacuceno e intrigó contra él ante la Emperatriz y el Patriarca.

La incertidumbre sobre la sucesión dio nuevas alas a los enemigos del Imperio. Tanto Dušan de Servia como Iván Alejandro de Bulgaria explotaron la situación y los piratas turcos asolaron de nuevo las costas de Tracia. Pero Cantacuceno les demostró que seguía siendo dueño de la situación. Se llegó a un acuerdo con servios, búlgaros y turcos, lo mismo que con Orján, el emir osmanlí. La fama de Cantacuceno era tan grande que incluso algunos señores franceses de Morea le ofrecieron someter su principado. Esto hubiera significado la vuelta a Bizancio de casi toda Grecia. Era una oportunidad demasiado clara para desaprovecharla. En septiembre de 1341 Cantacuceno marchó de Constantinopla para reclutar un ejército. Pasarían más de cinco años antes de que volviese.

En cuanto hubo marchado, sus rivales, dirigidos por Alejo Apocauco, organizaron un golpe de Estado. El patriarca Juan Calecas fue proclamado regente y Apocauco prefecto de la ciudad. La Emperatriz firmó una orden de deposición contra Cantacuceno. El 26 de octubre de 1341 Cantacuceno aceptó la proclamación como Emperador que hicieron sus partidarios en sus cuarteles generales en Demótica, en Tracia. La decisión, arguyó, le había sido impuesta. Pero insistió en que seguía siendo un simple guardián de los derechos del heredero legítimo, Juan Paleólogo, y nunca se desvió de este principio. La regencia de Constantinopla vio, sin embargo, la cuestión de otra manera y estalló una segunda guerra civil. El Patriarca excomulgó a Cantacuceno y en noviembre de 1341 llevó a cabo la coronación de Juan Paleólogo como el emperador Juan V.

La segunda guerra civil fue incluso más asoladora que la primera. Dio pie para la intervención extranjera hasta unos límites mucho mayores; pero además desencadenó unas tensiones sociales y políticas dentro de la sociedad bizantina que tuvieron consecuencias sin precedentes. Los pobres y desposeídos sabían perfectamente que Cantacuceno representaba los intereses de la rica clase latifundista, que era su principal apoyo. Apocauco explotó su resentimiento en su propio beneficio, ofreciéndose como su defensor e incitando una revuelta en Constantinopla para destruir las propiedades de la aristocracia. Ello pronto degeneró en una revolución. Es significativo que el movimiento afectase más a las ciudades que a los centros rurales. Todas las ciudades del Imperio habían tendido a desarrollar su propio gobierno municipal a medida que se debilitaban sus lazos con la capital. En algunas de las más remotas ciudades del Imperio, como Monembasia y Janina, este proceso había sido favorecido por la propia política imperial, y los emperadores habían concedido a sus ciudadanos cartas de privilegios. La población más pobre de las ciudades de Tracia rechazó la protección imperial tomándose la ley por sus propias manos.

Al poco tiempo de la proclamación de Cantacuceno como Emperador en Demótica, las poblaciones de las proximidades de Adrianópolis se levantaron contra su aristocracia e implantaron un gobierno revolucionario. El ejemplo fue pronto seguido por otras ciudades. Las clases acomodadas fueron condenadas con el estigma de «cantacucenismo» y desposeídas en todo el Imperio. En Salónica, la revolución adquirió una forma peculiar, pues se organizó una especie de partido político con un programa de reformas. Se llamaron a sí mismos zelotas y se hicieron con el poder al saber que Cantacuceno avanzaba contra su ciudad llamado por la aristocracia. El gobernador Sinadeno fue expulsado y durante algunos días hubo un gran tumulto en la ciudad, hasta que los zelotas lograron controlar la situación. Aquí, como en todas partes, la regencia de Constantinopla se apresuró a reconocer al nuevo régimen. Apocauco nombró a su propio hijo Juan delegado en la ciudad, como había hecho antes con su otro hijo, Manuel, en Adrianópolis.

Tales acontecimientos no hicieron a Juan Cantacuceno abandonar la lucha. Pero en los dos años siguientes sus posibilidades de éxito parecían muy escasas. Sin comunicación con Tracia y alejado de Salónica, su primera medida fue refugiarse en la corte de Esteban Dušan de Servia en 1342. Dušan era, sin embargo, un amigo poco fiel, y al proclamarse a favor de Cantacuceno la provincia de Tesalia y algunas ciudades de Macedonia, le abandonó y se pasó al lado contrario. Cantacuceno



solicitó también la ayuda de Umur de Aydin, que en dos ocasiones acudió en su socorro, pero ni siquiera con un ejército de 6.000 hombres pudo conquistar Salónica. Su apoyo le permitió, sin embargo, abrirse camino hasta Demótica, en Tracia, desde donde podía concentrar sus fuerzas para dominar a sus oponentes de Constantinopla. Al hacer esto, abandonó Macedonia a su propia suerte, en manos de los servios. El ejército de Dušan rodeó rápidamente Salónica y en septiembre de 1345 se apoderó de la ciudad clave de Serres. El 16 de abril de 1346, Dušan se autocoronó Emperador de servios y griegos, desbaratando así las pretensiones de los dos pretendientes al trono bizantino.

La regencia de Constantinopla obtuvo muy pocos beneficios de sus alianzas, tanto con los servios como con los búlgaros. La emperatriz Ana intentó interesar al Papa en su causa y en 1343 obtuvo algún dinero empeñando en Venecia las joyas de la corona. Pero a comienzos de 1345 Adrianópolis se rindió a Cantacuceno y pronto fue dueño de la mayor parte de Tracia. Alejo Apocauco, temiendo una reacción en Constantinopla, adoptó medidas aún más represivas, hasta que en junio de 1345 fue asesinado por uno de sus prisioneros políticos. El asesinato de Apocauco, que había sido el principal promotor de la guerra civil, hizo entrever el final de ésta. Su hijo Juan intentó organizar una contrarrevolución en Salónica. Fue derrotado en medio de gran derramamiento de sangre por los zelotas, cuyo régimen en adelante se volvió cada vez más dictatorial y autónomo.

Durante los últimos años de la lucha, Cantacuceno se vio privado de la ayuda de su aliado turco Umur de Aydin, pues en octubre de 1344 la liga de potencias cristianas de Occidente, reorganizada por el papa Clemente VI, se apoderó del puerto de Esmirna. Umur moriría en su intento de recuperarlo en 1348. Pero para entonces Cantacuceno había conseguido el apoyo de los osmanlíes de Bitinia, que estaban cercanos al escenario de los hechos. En 1346 concedió a Orján en matrimonio a su propia hija Teodora y aquél le proporcionó soldados para luchar en Tracia. El 21 de mayo del mismo año, Cantacuceno fue coronado Emperador en Adrianópolis por el Patriarca de Jerusalén. Era ya Emperador tanto de hecho como de derecho. Finalmente, el 2 de febrero de 1347, consiguió penetrar en Constantinopla por la noche, con un pequeño grupo de hombres. En el último momento la emperatriz Ana hizo un gesto conciliatorio forzando a la dimisión al patriarca Juan Calecas. Pero una semana más tarde se vio obligada a negociar. Las condiciones impuestas eran que Cantacuceno, con el nombre de

Juan VI, reinase como Emperador junto con el joven Juan V durante diez años, y que Juan V casase con su hija Elena. No habría juicios ni represalias, se liberaría a todos los prisioneros políticos y el pasado se olvidaría.

Un arreglo tan generoso prometía buenos augurios para el futuro. Pero las heridas de la guerra no podían ser cerradas tan fácilmente. Los efectos sociales y económicos de ésta habían sido desastrosos. Salónica era aún una república independiente y lo siguió siendo durante tres años más. Las tropas turcas de Umur y Orján habían exigido un precio terrible por sus servicios en Tracia. Pero el conflicto tenía también connotaciones religiosas. La teología y la política nunca estuvieron completamente separadas en Bizancio. Hacia 1330 se había producido una controversia acerca de las prácticas místicas de un pequeño pero influyente grupo de monjes del monte Atos. Se les conoció con el nombre de hesicastas y empleaban una técnica de meditación que, según pretendían sus iniciados, les permitía percibir la luz divina con ojos mortales o llegar a estar iluminados con la luz de la Transfiguración. Sus métodos, extrañamente afines a los del yoga, les convirtieron en presa fácil del ridículo. Fueron calificados de charlatanes por un griego italiano llamado Barlaam de Calabria, que había conseguido cierta fama como filósofo en su visita a Constantinopla. Los monjes de Atos salieron en defensa de sus místicos con un manifiesto compuesto por Gregorio Palamas, el principal representante de la doctrina hesicasta. Palamas fue apoyado por Juan Cantacuceno, que, aunque admiraba la inteligencia de Barlaam, consideraba absolutamente ortodoxa la teología de los hesicastas. El 10 de junio de 1341 el Patriarca convocó un concilio de obispos presidido por el emperador Andrónico III. Barlaam de Calabria fue condenado y regresó a Italia.

La cuestión podía haber terminado así de no haber compartido algunos teólogos bizantinos los recelos de Barlaam. En agosto de 1341 tuvo que celebrarse un segundo concilio en el que fue condenado el portavoz de las ideas de Barlaam, Gregorio Acidino, y en el que Palamas y su teología fueron absueltos de nuevo. Este segundo concilio fue presidido por Juan Cantacuceno, pues para entonces había muerto ya Andrónico III. La controversia hesicasta, que era un debate puramente teológico, se convirtió de este modo en parte de la rivalidad política entre Cantacuceno y el patriarca Calecas. A lo largo de la guerra civil, entre 1341 y 1347, la cuestión teológica estuvo siempre presente. Palamas, amigo y protegido de Cantacuceno, fue detenido y excomulgado por el Patriarca. Los antihesicastas se agruparon en torno al Patriarca y a la emperatriz



Ana, destacando entre ellos Acidino y el historiador Nicéforo Grégoras. Pero los monjes de Atos otorgaron a Juan Cantacuceno todo el peso de su autoridad moral y la definitiva victoria de éste significó inevitablemente el triunfo de la doctrina hesicasta. En febrero de 1347 el Patriarca fue depuesto por sus propios obispos. En su lugar fue elegido un monje hesicasta llamado Isidoro, y Calecas y todos los anti-hesicastas fueron condenados por otros dos concilios dentro del mismo año. Palamas fue designado obispo de Salónica. Finalmente, en un concilio presidido por Cantacuceno y celebrado en Constantinopla en 1351, donde se reconoció la ortodoxia de los hesicastas, la doctrina de Palamas fue declarada completamente de acuerdo con la teología mística de anteriores Padres de la Iglesia bizantina. Y tal era su prestigio, que el mismo Palamas, poco tiempo después de su muerte, ocurrida en 1359, fue canonizado y colocado junto a estos Padres. Pero muchos hesicastas abusaron de su triunfo, y algunos de sus oponentes, sobre todo Grégoras, fueron cruelmente perseguidos por negarse a traicionar sus creencias.

El 21 de marzo de 1347 Juan Cantacuceno fue coronado por segunda vez por el nuevo Patriarca, Isidoro, y poco más tarde su hija Elena casó con Juan Paleólogo. La intención de Cantacuceno seguía siendo mantener los derechos de Juan V, por lo que se dio orden a todos los funcionarios de jurar fidelidad a ambos emperadores. Esta decisión fue criticada no sólo por los partidarios de la dinastía Paleólogo, que consideraban a Cantacuceno un usurpador, sino también por el hijo primogénito de éste, Mateo, que deseaba tener preferencia sobre Juan V. Por ello el Imperio seguía dividido políticamente, mientras perduraba la división social entre la clase dirigente y el pueblo.

Es posible, sin embargo, que Juan VI hubiera solucionado algunos de los problemas del Imperio si las circunstancias le hubieran permitido poner en práctica su política. En 1341 había concebido la idea, con la rendición del principado francés de Grecia, de reconstruir el Imperio como una unidad compacta y manejable de territorios europeos. En 1347 el momento había pasado ya. En este mismo año, Constantinopla y otras ciudades sufrieron el azote de la peste negra, traída de Crimea por los barcos genoveses. No conservamos estadísticas fidedignas del número de víctimas. Los historiadores bizantinos, Cantacuceno entre ellos, se refieren a la epidemia simplemente como a una gran catástrofe, pero debió de producir entre los bizantinos aún mayor desesperación y pesimismo. Una víctima ilustre fue el primo de Cantacuceno, Juan Angel, gobernador de Tesalia y Epiro. Su muerte volvió a dejar el norte de Grecia desorganizado, y

en 1348 Esteban Dušan envió dos ejércitos servios a esta zona de nadie. En el plazo de unos pocos meses ambas provincias griegas habían sido incorporadas a su Imperio servio, que ahora se extendía desde el Danubio y el Adriático hasta el golfo de Corinto. En extensión y riqueza, el Imperio servio bajo el dominio de Dušan era muy superior a los restos del Imperio bizantino.

Sin embargo, Dušan no había triunfado completamente, pues en 1350 Cantacuceno arrebató Salónica a los zelotas. Su revolución estaba ya en descomposición y sus jefes enfrentados. Cantacuceno se presentó allí antes que Dušan, aunque difícilmente hubiera podido triunfar de no haber sido por el gran ejército turco enviado por su yerno Orján. Arrebató también a los servios otras varias ciudades. Dušan tuvo que ponerse a la defensiva, aunque sólo fuera por un tiempo. En 1351 Salónica, vuelta ya al Imperio, pasó a ser la capital del segundo Emperador, Juan V. Uno de los aspectos de la política de Cantacuceno fue el intento de coordinar los fragmentos dispersos del territorio imperial concediéndolos de manera feudal a miembros de las familias dirigentes. En 1349 envió a su segundo hijo Manuel a hacerse cargo de la provincia bizantina de Morea con la categoría de déspota. Su hijo primogénito, Mateo, recibió un principado en Tracia. Ahora que Asia Menor se había virtualmente perdido a manos de los turcos y el norte de Grecia a manos de los servios, Tracia y Morea eran las dos provincias más importantes. El sistema, en cierto modo feudal, de convertirlas en concesiones de la corona, que Andrónico II se había negado a adoptar, fue conservado por los sucesores de Cantacuceno, y al menos en Morea funcionó bastante bien, pues la administración de Manuel trajo un nuevo hálito de vida a la Grecia bizantina.

También en otros aspectos consiguió Cantacuceno cierta recuperación. La lucha era muy dura. La misma Constantinopla se estaba derrumbando. La iglesia de Santa Sofía, dañada por un terremoto, no pudo emplearse para su coronación y el dinero generosamente enviado para su reparación por el Gran Duque de Moscú tuvo que ser destinado al pago de los mercenarios turcos. La pobreza se reflejaba en la disminución del boato de la Corte. Las joyas de la corona seguían empeñadas a los venecianos, y en el banquete de bodas de Juan V las vajillas de oro y plata fueron sustituidas por loza. Los venecianos, de manera significativa, solicitaron la fijación de sus deudas no ya en el *hyperpyron,* devaluado ahora hasta el límite, sino en su propio numerario de ducados, que había suplantado al numerario de oro bizantino en el comercio internacional. En un lugar



preferente entre sus objetivos, Cantacuceno situó la reconstrucción de una flota poderosa, no sólo para defender a Constantinopla de los ataques de Esteban Dušan, que intentaba en vano conseguir barcos de Venecia, sino para aminorar la dependencia con respecto a los genoveses, que habían ayudado económicamente a la regencia durante la guerra civil y continuaban apoyando a los enemigos de Cantacuceno. En 1346 se apoderaron nuevamente de Quío, y los ingresos anuales que percibían de su colonia de Gálata se calculaban en siete veces los de la misma Constantinopla.

Para alejar a los barcos mercantes del puerto de Gálata, Cantacuceno rebajó los aranceles de las importaciones a Constantinopla. Pero le resultó más difícil conseguir el dinero para construir una nueva flota, pues aquellos a quienes les quedaba alguna riqueza eran reacios a invertirla en una aventura tan incierta. También a los genoveses les preocupaba la posibilidad de perder, en caso de tener éxito la tentativa, parte de su lucrativo comercio en el Bósforo. En agosto de 1348, estando el Emperador ausente, salieron de Gálata y atacaron Constantinopla. Fueron rechazados, pero su tentativa impulsó a los bizantinos a apoyar el plan del Emperador de construir naves. Se recaudaron impuestos y en la primavera de 1349 se hizo a la mar la flota bizantina, dispuesta a humillar a los genoveses. Fue rápidamente destruida, en parte debido a la inexperiencia de sus jefes, y el Emperador se vio obligado a concluir un nuevo acuerdo con Génova.

Pero no cambió su política. Las exacciones de impuestos fueron aún más duras, algunos de ellos en forma desconocida anteriormente, para mejorar la balanza comercial y conseguir fondos para la construcción de una nueva flota. Los genoveses estaban asustados. Aceptaron reconocer a Cantacuceno como Emperador, e incluso llegaron a un acuerdo sobre Quío, por cuya posesión pagarían a partir de ahora una renta anual. También los venecianos creyeron llegado el momento de reanudar su tratado con Bizancio. El Emperador debió de pensar que de esta manera se protegía de los italianos. No se dio cuenta de que eran ellos los que le estaban mezclando en sus luchas. En 1351 apoyó, contra su voluntad, a Venecia en la guerra contra Génova, que tuvo lugar en aguas bizantinas, fuera del control ya del comercio bizantino. Se alcanzó el punto culminante en febrero de 1352, en que tuvo lugar una batalla naval en el Bósforo. No hubo un resultado claro, pero la flota veneciana levó anclas, obligando al Emperador a firmar con los genoveses un nuevo tratado en mayo de 1352.

Bizancio estaba cada vez más a merced de sus enemigos extranjeros, a quienes resultaba muy fácil provocar y explotar las rivalidades latentes entre las familias imperiales. Salónica, donde tenía su capital el emperador Juan V, se convirtió en el centro de la facción anti-Cantacuceno. Los venecianos se ofrecieron a financiar una rebelión contra él. Esteban Dušan deseaba también participar. Cantacuceno pudo, durante algún tiempo, mantener la paz concediendo a Juan V un señorío en Tracia. Su puesto en Salónica recayó en su madre, Ana de Saboya. Pero a Mateo Cantacuceno le disgustó la vecindad en Tracia de Juan V. En el otoño de 1352 se inició la guerra entre ambos y Mateo fue sitiado en Adrianópolis. Su padre le rescató con ayuda de las tropas enviadas por Orján, que devastó la región. Juan V reanudó la lucha con soldados que le enviaron Servia y Bulgaria, financiados por los venecianos. En este momento la lucha por el trono bizantino tenía como protagonistas a los servios y turcos llegados en ayuda de los pretendientes griegos. Los turcos demostraron ser soldados más avezados y eficientes. A comienzos de 1353 Cantacuceno capturó a Juan V y le deportó a la isla de Tenedos. Mateo fue después proclamado coemperador. El Patriarca protestó y dimitió de su cargo. En febrero de 1354 fue coronado sucesor Mateo.

Parecía que la dinastía Cantacuceno iba a sustituir a la de los Paleólogo. Pero la opinión pública se oponía al cambio. La causa de Cantacuceno había perdido muchos adeptos al llamar a los turcos para luchar por él en Europa, pues estaban siempre dispuestos a convertir sus campañas en guerras santas y cada vez resultaba más difícil hacerles regresar a su patria una vez terminadas sus intervenciones. La relación de parentesco entre Cantacuceno y Orján había sido en cierto modo una garantía, pero el hijo de Orján, Solimán (Sulaymān), parecía menos inclinado a respetar los acuerdos. En 1352 las tropas de Solimán ocuparon la fortaleza de Zimpe, cerca de Gallípolis. Fue el primer asentamiento permanente de los turcos osmanlíes en suelo europeo. Cantacuceno negoció con Orján su retirada. Pero en marzo de 1354, tras la destrucción y despoblamiento de la misma Gallípolis por un terremoto, Solimán ocupó las ruinas y reconstruyó la ciudad. Era un punto clave de control del paso por el Helesponto entre Asia y Europa. Ni siquiera Orján pensó en abandonar este emplazamiento, y muy pronto inmigrantes turcos se instalaron allí en grandes cantidades.

El resentimiento popular contra Cantacuceno llegó en este momento a su punto culminante. En noviembre de 1354 Juan V, que ya había llevado a cabo un intento de marchar sobre Constantinopla, se embarcó en Tenedos y de noche penetró secretamente en Constantinopla. Según una fuente, contó con el apoyo del aventurero genovés Francisco Gattilusio, al que más tarde recompensaría con la mano de su hermana y con la donación de la isla de Lesbos. Juan V recibió una entusiasta acogida por parte de la población de la capital. Durante tres semanas aceptó reinar conjuntamente con su suegro. Pero este acuerdo era inviable. El 10 de diciembre Cantacuceno abdicó y se retiró a un monasterio de Constantinopla. En su calidad de monje Joasaf, y no en la de emperador Juan VI, escribió sus memorias y sus varias obras teológicas, algunas en defensa de los hesicastas. Pero su impacto sobre la administración bizantina había sido demasiado importante para permanecer en condición de prisionero, y su influencia, directa o indirecta, iba a dejarse sentir durante muchos años.

También su familia continuó siendo influyente. Su segundo hijo, Manuel, continuó en su cargo de déspota de Morea. Su hijo primogénito, Mateo, que había ostentado la corona y el título de Emperador, prosiguió la guerra civil tras la abdicación de su padre. Durante más de dos años hubo hostilidades en Tracia entre Juan V y Mateo, entre Paleólogos y Cantacucenos, hasta que Mateo fue derrotado por un ejército servio y entregado a su rival. Enviado a Morea junto con su hermano, a la muerte de Manuel, en 1380, ocupó el despotado durante un corto tiempo. Fue también allí, en Mistra, que los hermanos Cantacuceno habían convertido en la ciudad provincial más próspera del Imperio, donde murió a avanzada edad, en junio de 1383, su padre, el emperador-monje Juan Joasaf.

## IV. *Bizancio, Estado vasallo de los turcos: Juan V y Manuel II (1354-1402)*

El año 1354 señala un punto crucial en la historia del Imperio bizantino. En él se produjo la abdicación forzosa del único hombre que podía aportar soluciones constructivas para los problemas internos y externos del Imperio. En él se produjo también el primer asentamiento permanente de los turcos en Europa. Juan V Paleólogo contaba veintidós años al convertirse en único Emperador. Ocupó el trono, con interrupciones, durante treinta y siete años, pero la situación era peor al final de este largo reinado que al principio. En 1354 la potencia más fuerte del este de Europa y la única que en último caso podría haber contenido a los turcos, era el Imperio de Servia. Esteban Dušan llegó a estar bastante cerca de ver coronadas sus ambiciones, pero murió en diciembre de 1355 y su extenso Imperio, como

el de Alejandro el Grande, fue dividido y deshecho entre sus sucesores.

Juan Cantacuceno había intentado mantener lazos de parentesco y de amistad con los jefes turcos. Esta política, aunque pudiera ser viable para cualquier otro Emperador, cayó en descrédito al producirse la ocupación de Gallípolis por los osmanlíes. Juan V pensó que la única esperanza de ayuda era apelar a los sentimientos cristianos de Occidente. Era la persona indicada para hacerlo, pues por su madre, Ana de Saboya, estaba emparentado con varias importantes familias de Europa occidental. Pero decidió apelar al Papa. El 15 de diciembre de 1355 pidió al papa Inocencio VI que enviara una flota de veinte barcos y un ejército de 1.500 hombres a Constantinopla. A cambio, prometía la conversión casi inmediata de los bizantinos a la fe romana y enviar a su hijo Manuel en condición de rehén de la curia romana. Eran promesas exorbitantes y el Papa las encontró comprometedoras.

El papa Inocencio VI, y sobre todo su antecesor Clemente VI, habían tenido algunos contactos con Juan Cantacuceno. Cantacuceno había visto en la liga de naciones cristianas organizada por Clemente, que tomó Esmirna en 1344, una fuerza potencialmente hostil a los intereses bizantinos. Sus negociaciones con el Papa se encaminaron a convertir a la liga en aliada. Inevitablemente en ellas se abordó el problema de la unión de las Iglesias y en este punto Cantacuceno no se mostró dispuesto a hacer otra concesión que proponer la celebración de un Concilio verdaderamente ecuménico, y no como el Segundo Concilio de Lyon, para solucionar la cuestión. Por tanto, Cantacuceno había negociado con los papas, pero en condiciones de igualdad y no de inferioridad. La propuesta hecha en 1355 por Juan V era de naturaleza bastante diferente. Pero Inocencio VI conocía la poca estabilidad de los asuntos bizantinos, por lo que no podía tomar la propuesta muy en serio. Dio instrucciones a su legado, Pedro Tomás, que estaba en Servia, para que se dirigiera a Constantinopla y se entrevistara con Juan V, y así quedó la cuestión.

Juan V continuó, sin embargo, basando sus esperanzas en alianzas con los latinos más que en cualquier forma de acuerdo con los turcos. Había ya cedido Lesbos a su yerno, el genovés Gattilusio. Finalmente entregó también Quío a los genoveses. En 1357 renovó el tratado bizantino con Venecia. Pero los turcos ampliaban constantemente sus conquistas en Europa. No eran solamente osmanlíes. Había bandas de turcos merodeando por Tracia, llegados en incursiones piráticas de los emiratos de Saruján y Aydin. Sus jefes unieron su suerte a la de Solimán, hijo de Orján, una vez que se hubo consolidado la base turca de Gallípolis. En 1359 algunos de ellos llegaron hasta las mismas murallas de Constantinopla. Solimán murió en ese mismo año. Orján, en 1362. Para entonces, Demótica, una de las dos mayores ciudades de Tracia, había ya caído en manos de los turcos, y en 1363 tomaron Filipópolis, en el alto valle del Maritza. Orján fue sucedido como Emir de los osmanlíes por Murad, que durante algunos años tuvo que defender sus territorios asiáticos frente a sus propios hermanos. Los ataques turcos contra Tracia no amainaron, pero carecieron de una dirección unificada, y un contraataque bien organizado hubiera podido producir efectos positivos.



Juan V intentó por todos los medios generalizar el interés por expulsar a los turcos de Europa. En 1363 el Patriarca dirigió una embajada a Servia. Pero de Europa occidental llegó la noticia de que se preparaba una nueva cruzada en defensa del rey francés de Chipre, Pedro de Lusiñán. En 1364, el Emperador se puso en contacto con el papa Urbano V en Aviñón. Sin duda sabía que su primo, Amadeo de Saboya, planeaba intervenir en la cruzada, lo mismo que el rey de Hungría, Luis el Grande. Tales consideraciones empujaron a Juan V a visitar Hungría en 1366. Ningún emperador anterior había rebajado su dignidad hasta el punto de visitar la Corte de un monarca extranjero para pedir auxilio, pero Luis de Hungría era el vecino católico más cercano a Bizancio y podía ser también consciente del peligro de la presencia turca en Europa. Sin embargo, en este momento Luis se hallaba más ocupado en su guerra contra los búlgaros y además, en ningún caso se hubiera planteado ayudar a los bizantinos en tanto permaneciesen en situación de cisma con respecto a la Iglesia romana. Por ello el Emperador volvió a Constantinopla sin haber conseguido nada positivo. En su camino de vuelta fue detenido en la frontera por las autoridades búlgaras, que le negaron autorización para cruzar su territorio.

Sin embargo, durante su ausencia, había llegado inesperadamente a Constantinopla su primo Amadeo de Saboya con un pequeño ejército y una reducida flota. Alcanzó el Helesponto en agosto de 1366 y se apoderó de Gallípolis antes de marchar a Constantinopla. Una vez llegado, se enteró de que su primo se hallaba retenido en la frontera búlgara. Amadeo navegó inmediatamente por el mar Negro y consiguió asustar a los búlgaros, que liberaron al Emperador. Estos fueron todos sus éxitos militares, pues sus escasos recursos se habían ya agotado. Pero tenía otra misión que cumplir. Con él viajaba un legado papal, Pablo, antiguo obispo de Esmirna y ahora Patriarca

latino de Constantinopla. El y Amadeo querían convencer al emperador Juan de las ventajas de la unión con la Iglesia romana, y, en 1367, se celebraron negociaciones acerca del modo y procedimientos a emplear para conseguirla. Juan V fue fácilmente convencido, pero sabía que su Patriarca y el pueblo se opondrían a cualquier idea de sumisión al Papa. Había un problema de prioridades. Al iniciar su aproximación al Papa en 1355, Juan había indicado que la unión se produciría después de que el Papa enviara ayuda militar. Los papas consideraron habitualmente que la unión era un requisito imprescindible para que llegase la ayuda militar. Pero en este momento la acción de Amadeo, al devolver Gallípolis a los griegos, era un claro inicio de la voluntad de negociación de Occidente. Sin embargo, el Emperador hizo salir de su retiro monástico a Juan Cantacuceno para plantear ante el legado papal el punto de vista bizantino, y Cantacuceno volvió a afirmarse en su antigua idea de que la verdadera unidad religiosa no podía ser una cuestión de oportunismo político. Debía de buscarse por medio de un concilio ecuménico. Pablo de Esmirna aceptó plantear esta proposición al Papa. Pero Amadeo fue más realista. Antes de volver a Italia hizo prometer al Emperador que se convertiría y consiguió de él algunas prendas concretas que recuperaría en el caso de que viajara a Roma a ofrecer su sumisión al Papa.

El proyecto de convocar un concilio no tuvo resultado práctico alguno, a pesar de que el Patriarca de Constantinopla lo tomó muy en serio y lo notificó a los otros dirigentes de la Iglesia ortodoxa. Las persuasiones o chantajes de Amadeo de Saboya resultaron más eficaces. En agosto de 1369 Juan V viajó a Roma y en octubre hizo profesión de fe romana, abjurando de sus errores ortodoxos. Pero con él no se hallaba presente ni un solo representante de la Iglesia bizantina. Su conversión fue, pues, un asunto privado y los bizantinos la interpretaron como una cuestión de conciencia de su Emperador, que de ninguna manera afectaba a su Iglesia.

Los resultados fueron decepcionantes. En su viaje de vuelta en 1370 Juan se detuvo en Venecia para intentar conseguir otro empréstito. Los venecianos le recordaron que sus deudas eran ya muy elevadas y le retuvieron hasta conseguir alguna seguridad. En esta grave situación, accedió a venderles la estratégica isla de Tenedos, cuya obtención también perseguían los genoveses. Envió instrucciones a su hijo mayor Andrónico IV, que se había hecho cargo del gobierno en Constantinopla, para arreglar el trato, pero Andrónico, presionado probablemente por los genoveses, se negó a obedecerlas. Finalmente, Juan tuvo que ser rescatado por su segundo hijo, Manuel, gobernador a la sazón de Salónica, que navegó hasta Venecia con dinero suficiente para pagar el rescate de su padre. El problema de Tenedos permaneció sin solución. Pero Juan V volvió a Constantinopla en octubre de 1371.



La consecuencia más importante de la cruzada de Amadeo fue la conquista a los turcos de Gallípolis en 1366. Permaneció en manos de los bizantinos durante unos diez años, lo que cerró el paso a la llegada de refuerzos y de emigrantes turcos de Asia Menor. Pero los numerosos turcos que se hallaban ya en Europa no cesaron de ampliar sus conquistas. En 1369 cayó en sus manos Adrianópolis, la principal ciudad de Tracia, y desde ella comenzaron a penetrar en Macedonia. Los guerreros turcos luchaban mejor cuando encontraban resistencia. De las ruinas del Imperio servio de Dusan, los dos hermanos Vukasin y Juan Uglés, habían formado un nuevo reino en el este de Macedonia. Fueron ellos y no los bizantinos quienes organizaron la contraofensiva contra los turcos. En septiembre de 1371 tuvo lugar de batalla de Cirnomen, a orillas del Maritza, cerca de Adrianópolis. Ambos jefes servios murieron en ella y su ejército fue destruido. Para los turcos fue una victoria más importante que todas las anteriormente conseguidas en Europa, ya que les abrió el paso de toda Macedonia y les permitió exigir un tributo o servicio militar a los restantes príncipes servios. El zar de Bulgaria sufrió la misma suerte, y, al poco tiempo, se convirtió en vasallo de los turcos.

También los bizantinos sintieron los efectos de la batalla del Maritza. Juan V volvió de Venecia sólo un mes más tarde del suceso. Su hijo Manuel, que había regresado a Salónica, aprovechó la derrota servia apoderándose de Serres, donde había residido Juan Uglés. Pero la situación llegó a ser tan crítica que Juan V recurrió a la confiscación con fines militares de los predios monásticos, hasta entonces intocables. Era consciente de que Constantinopla estaba a punto de quedar aislada por tierra y de que sus esperanzas de recibir ayuda de Europa occidental eran probablemente vanas. De hecho, el Emperador no tenía más opción que llegar a un acuerdo con los turcos. En 1373 se convirtió en vasallo del sultán Murad y se unió a su ejército de Asia Menor. Pudo ser la actitud de su hijo primogénito Andrónico lo que le empujó a esta situación. Andrónico se había mostrado poco partidario de la cooperación, pero mientras su padre estaba ausente de la capital, en 1373, organizó una conspiración con un hijo del sultán Murad, llamado Sauzi Celebi, que también estaba enemistado con su padre. Ambos príncipes unieron sus fuerzas en una extraña rebelión turco-bizantina, que fue rápidamente aplastada. Murad mandó detener

y cegar a su hijo y ordenó a Juan V hacer lo mismo con el suyo. Sauzi murió, pero Andrónico, aunque encerrado en prisión, sobrevivió, recuperó la vista y recomenzó la lucha. Sin embargo, fue desposeído del título en favor de su hermano menor Manuel, que fue coronado co-emperador en septiembre de 1373.

Más que en ningún otro momento, la posesión de Constantinopla dependía del apoyo de sus enemigos y de las amenazas y ayudas económicas que éstos pudieran ofrecer a los diferentes pretendientes al trono bizantino. En 1376 Andrónico IV escapó de la prisión y cruzó a Gálata. Desde allí se puso en contacto con Murad y con la ayuda de los genoveses y de los turcos se abrió paso hacia Constantinopla, donde hizo prisioneros a su padre Juan V y a sus hermanos Manuel y Teodoro. Pero no era el típico golpe de estado resultante de un conflicto de familia. Andrónico no hubiera podido escapar sin la ayuda de los genoveses ni entrar en Constantinopla sin la de un ejército turco. Era a un tiempo agente y deudor de ambos partidos. Los genoveses exigían como recompensa la isla de Tenedos, que se había convertido en elemento de discordia entre Génova y Venecia. Perdieron la partida, pues los venecianos ocuparon la isla en octubre de 1376. Andrónico se vengó deteniendo a todos los venecianos residentes en Constantinopla, mezclando otra vez a Bizancio en un nuevo capítulo de la guerra entre las dos repúblicas italianas. Las principales batallas de esta guerra iban a tener como escenario, sin embargo, las aguas italianas, hasta que se firmó la paz en Turín, en 1382. Los turcos, por su parte, exigieron como recompensa no sólo el aumento de los tributos, sino también la devolución de Gallípolis. De esta manera, tras diez años de gobierno bizantino, Gallípolis volvió a manos de los turcos. En 1377 el sultán Murad estaba ya tan seguro de su control sobre los estrechos, que estableció en Adrianópolis su primera capital europea.

Andrónico IV gobernó como Emperador en Constantinopla durante tres años, pero no fue más dueño de la situación que su padre. En junio de 1379 unos agentes venecianos prepararon la huida de la prisión de Juan V y de Manuel, quienes a su vez obtuvieron rápida ayuda de los turcos para poder tomar Constantinopla. Se dice que Murad dio a los ciudadanos la opción entre tener a Juan como Emperador o a él como sultán. Andrónico huyó junto a sus amigos de Gálata, llevando con él como rehenes a su madre y al anciano padre de ésta, Juan Cantacuceno. Durante más de un año hubo una nueva guerra civil, de características diferentes, entre Constantinopla y Gálata, entre Juan V, apoyado por los venecianos y los turcos, y Andrónico IV, apoyado por los genoveses. Terminó solamente



cuando Juan V accedió a reconocer nuevamente a Andrónico y a su hijo Juan VII como herederos al trono y concederles posesiones en Tracia. Manuel tomaría posesión de Salónica en calidad de Emperador, y no ya como heredero presunto. Su hermano Teodoro fue enviado a Morea a sustituir en el despotado a Mateo Cantacuceno.

Por tanto, teóricamente, en 1383 los fragmentos del Imperio bizantino eran una vez más gobernados por miembros de la misma familia: Juan V, en Constantinopla; Andrónico IV, en Tracia; Manuel II, en Salónica, y Teodoro, en Morea. Pero todos, en mayor o menor grado, eran muñecos en manos de italianos o turcos. Solamente Manuel demostraba tener cierta libertad de acción. Durante casi cinco años se esforzó por hacer de Salónica un núcleo de resistencia frente a los turcos y por reafirmar la autoridad bizantina en Macedonia y Tesalia. Era una acción heroica, pero se produjo demasiado tarde, pues con Gallípolis de nuevo en su poder y con Adrianópolis como centro administrativo, Murad podía hacer cruzar a Europa más tropas y consolidar sus conquistas anteriores. Los turcos fueron poco a poco penetrando más profundamente en la Macedonia bizantina y en Servia y Bulgaria. Murad tuvo una gran capacidad administrativa. Fue él quien puso los cimientos del poder otomano en Europa, sobre el que se basarían sus sucesores. La población osmanlí de los Balcanes fue aumentando, en parte debido a los deliberados asentamientos de nobles turcos que se dividían la tierra según moldes feudales, y en parte gracias a la asimilación de los griegos y eslavos nativos. Los guerreros *gāzī* de Murad podían seguir luchando contra los infieles en los puntos extremos de sus dominios europeos. Pero en el centro de ellos iban surgiendo una sólida base de gobierno, una administración y unas instituciones religiosas musulmanas. Lo que distinguió a los osmanlíes de los otros turcos fue esta capacidad para transformar un estado guerrero y nómada en una institución permanente.

En cuanto a Constantinopla, Murad creía que se hallaba ya virtualmente bajo su control. Su conquista podía esperar. Le causaba inquietud el desafío de Manuel en Salónica, pero esta ciudad podía ser aislada. Serres cayó en poder de los turcos en 1383, y el general de Murad, Hairedín Pachá, puso sitio a Salónica durante tres años, hasta que Manuel no tuvo más remedio que entregar la ciudad y escapar por mar. En abril de 1387 la ciudad estaba ya en poder de los turcos. En otras zonas, el avance turco siguió el curso de los ríos. Un ejército remontó el Vardar, al norte de Salónica, hasta Ocrida y Prilepo, y de allí hasta Albania; otro remontó el Maritza más allá de Fi-

**Fig. 11.** *El avance turco en el siglo XIV.*

lipópolis, primero hasta Sofía, en 1385, y luego hacia Niš, que fue arrebatada a los servios en 1386. Pero en este momento los servios iniciaron su réplica. Su jefe era el príncipe Lázaro, quien ya en 1371 había formado una coalición con los otros príncipes servios y se había aliado con Tvrtko, príncipe de Bosnia. Consiguieron detener la ofensiva turca en 1388, y las noticias de su victoria generalizaron la revuelta. Los albanos, búlgaros y valaquios rechazaron sus tratados con los turcos. El Sultán se enfrentó a ellos aisladamente. En primer lugar, los búlgaros sufrieron la represalia de la toma de Tirnovo y Nicópolis, aunque su zar, Juan Sisman, pudo por el momento permanecer en Bulgaria en calidad de rey vasallo. Más tarde, Murad llegó a Europa y dirigió personalmente su ejército contra Servia, reuniendo a su paso contingentes de sus vasallos cristianos. El 15 de junio de 1389 ambos ejércitos se enfrentaron en la llanura de Kosovo, al norte de Skopie. Murad murió, pero el mando fue asumido rápidamente por su hijo Bayaceto (Bāyazid), que condujo a los turcos a la victoria. Lázaro fue hecho prisionero y ejecutado. La batalla de Kosovo fue el último intento unificado de los pueblos eslavos frente a los turcos. El folklore servio la idealizó enseguida, pero sus consecuencias fueron claras. Servia estaba sometida a los turcos. El hijo de Lázaro, Esteban Lazarević (1389-1427) fue reconocido como príncipe legítimo, pero tuvo que pagar tributo al nuevo sultán Bayaceto y conducir a sus hombres al combate junto a los turcos, como subordinado de aquél.

La derrota de Kosovo dejó a Constantinopla aislada por tierra. Cualquier ayuda que pudiera ahora venir de Occidente tendría primero que abrirse camino. Los osmanlíes habían conseguido quebrar la resistencia de sus enemigos europeos con más éxito que la de los asiáticos. Todas las ciudades y provincias cristianas sometidas al Sultán tenían ahora que pagar el *jarāŷ* o impuesto territorial. Recayó con particular dureza en la Iglesia y en los monasterios del monte Atos, que pasaron a estar bajo jurisdicción turca en 1386.

Para Bayaceto, la conquista de Constantinopla era la conclusión lógica del proceso iniciado por su padre. Era incluso más hábil que Murad en el arte de debilitar la resistencia bizantina enfrentando entre sí a los diferentes pretendientes al trono. Andrónico IV había muerto en 1385. Su hijo Juan VII recogió las pretensiones de su padre contra Juan V y Manuel y se convirtió en ejecutor gustoso de los planes de Bayaceto. En abril de 1390 el Sultán le prestó ayuda para apoderarse de Constantinopla. Los venecianos esperaban de un momento a otro que Bayaceto se presentase en la ciudad y asumiese él mismo

el gobierno de la ciudad, pero en septiembre, Manuel consiguió expulsar a su sobrino y restaurar a Juan V como Emperador. Bayaceto restableció inmediatamente la situación aumentando el tributo que pagaban los bizantinos y ordenó a Juan V demoler las fortificaciones que estaba levantando. Manuel tuvo que presentarse en el compamento de Bayaceto en calidad de rehén y vasallo, y así se dio el caso de que los dos pretendientes rivales al trono, Manuel II y su sobrino Juan VII, tuvieron que ayudar finalmente al sultán Bayaceto en el sitio y captura de la última posesión bizantina en Asia Menor, la ciudad de Filadelfia. Era la humillación final.

El anciano Juan V murió en febrero de 1391. Manuel escapó inmediatamente del campamento del Sultán y corrió hacia Constantinopla, para adelantarse a la acción de su sobrino. Bayaceto se enfureció. Aumentó las restricciones y cargas que pesaban sobre el pueblo bizantino y recordó a su Emperador que, aunque reinase dentro de las puertas de la ciudad, carecía de poder fuera de ellas. En los meses siguientes se hizo más fuerte la presión turca en los Balcanes. Bayaceto se dio cuenta de que podía llegar ayuda de Hungría. En 1393 Sisman de Bulgaria, animado por el rey de Hungría, intentó recuperar su independencia. El intento fue implacablemente aplastado. Sisman fue hecho prisionero y Tirnovo ocupada por los turcos. Bulgaria cesó así de ser un reino vasallo del Sultán. Se convirtió en la primera provincia propiamente dicha del Imperio otomano en Europa.

Para que quedase bien claro quién era el dueño de la situación, Bayaceto convocó a los otros príncipes cristianos a comparecer ante su presencia en Serres en el invierno de 1393-94. Era una forma de guerra psicológica. En la conferencia estuvieron presentes el Emperador de Constantinopla, Manuel; su sobrino Juan VII; su hermano el déspota de Morea, Teodoro; Esteban Lazarević de Servia y el príncipe servio Constantino Dagras, suegro de Manuel. En un momento dado, el Sultán concibió la idea de asesinarlos a todos, pero finalmente los dejó en libertad, excepto a Teodoro, que fue obligado a sumarse a la invasión turca de Grecia. Sin embargo, consiguió escapar y marchó rápidamente para organizar la defensa de Morea.

En 1394 Bayaceto comenzó el primer asedio real de Constantinopla. En la ciudad cundían el hambre y la desesperación. Lo ocurrido en Serres había convencido a Manuel de que los turcos ya no estaban dispuestos a negociar. La única esperanza de liberación parecía estar en Europa occidental. El rey de Hungría, Segismundo, se había dado finalmente cuenta del peligro otomano con la conquista de Bulgaria. En 1395 apoyó al



príncipe de Valaquia, situada al norte del Danubio, en una invasión de Bulgaria. Tuvo lugar una batalla en Rovine, cuya única consecuencia fue convertir a Valaquia en Estado tributario del Sultán. Pero en 1396 Segismundo organizó la mayor contraofensiva contra los turcos que jamás lanzaran los cristianos. El Papa la bendijo como cruzada. Los principales participantes fueron Hungría y Francia. Carlos VI de Francia envió unos 10.000 hombres; también intervinieron los Caballeros Teutónicos y los Caballeros de San Juan. Los genoveses de Lesbos y Quío se unieron a la cruzada, e incluso Venecia, tras ciertas dudas, proporcionó algunos barcos para patrullar por el Helesponto. El principal objetivo de la cruzada era la defensa del reino católico de Hungría y no la liberación de Constantinopla. Fue un tremendo desastre cristiano. El 25 de septiembre de 1396 los turcos, ayudados por Esteban Lazarević y por otros vasallos cristianos, destrozaron el ejército cristiano en Nicópolis, en el bajo Danubio. Segismundo logró escapar, pero la mayor parte de los otros jefes fueron capturados o muertos.

La batalla de Nicópolis fue la primera prueba de fuerza entre las naciones de Europa occidental y el Imperio otomano. Produjo solamente un alivio momentáneo para Constantinopla. Bayaceto reemprendió el asedio de la ciudad en cuanto pudo. Por otra parte, la derrota de los cruzados había servido para mostrar a los occidentales la verdadera fuerza del enemigo, y Manuel II esperaba que sus peticiones de ayuda encontraran ahora una respuesta más favorable y generosa. Envió embajadas al Papa, a Venecia y a los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón, así como al Gran Duque de Moscú.

El rey de Francia tenía ahora un mayor interés por la causa de Constantinopla al haberse convertido en 1396 en Señor de la República de Génova y, por tanto, de las colonias genovesas en Oriente. En 1397 se llegó incluso a rumorear que el emperador Juan VII había ofrecido vender sus derechos al trono bizantino al rey francés. Uno de los más distinguidos prisioneros franceses en la batalla de Nicópolis era el mariscal de Boucicaut. Fue rescatado y a su vuelta a Occidente describió con tintas sombrías la situación de Constantinopla. El rey Carlos VI le autorizó a volver con un contingente de 1.200 hombres, y en 1399 Boucicaut, como en otro tiempo Amadeo de Saboya, rompió el bloqueo turco y llegó a Constantinopla. Hubo un gran regocijo en la ciudad y este pequeño ejército consiguió una serie de victorias menores sobre los turcos. Pero la situación exigía un esfuerzo mucho mayor. Por ello, el mariscal convenció a Manuel de que le acompañara en su viaje de vuelta a Occidente. Manuel llegó a la conclusión de que el contacto

personal con los monarcas occidentales podría producir mejores efectos, y Juan VII, temporalmente reconciliado con su tío, accedió a asumir el mando en Constantinopla. El 10 de diciembre de 1399 Manuel emprendió viaje hacia Italia con el mariscal de Boucicaut. Pasarían más de tres años hasta su vuelta.

El emperador Manuel tenía mejor carácter y presencia que su padre. Incluso los turcos estaban impresionados por su aspecto y su valor. Tenía inclinaciones literarias y artísticas y a veces se lamentaba de que sus obligaciones le impidieran cultivar su talento creador. La suya era la personalidad idónea para despertar simpatías en el ilustrado Occidente, donde se había despertado un nuevo interés por los bizantinos como custodios de la cultura griega. En 1396 su amigo Manuel Crisoloras, como él discípulo de Demetrio Cidonio, fue contratado para enseñar griego en Florencia. El viaje del Emperador a Occidente no podía dejar de estimular este interés. Fue un viaje de características muy diferentes al emprendido por su padre a Hungría y a Roma, pues no había ninguna indignidad en las súplicas de Manuel, ni ofreció como compensación su conversión o la de su pueblo al credo romano.

Su primer objetivo era Venecia. Desde allí, por Padua, Vicenza y Pavía, llegó a París en junio de 1400. El rey Carlos VI, con quien había ya mantenido correspondencia, le acogió con grandes honores, y en diciembre pasó a Inglaterra, donde el rey Enrique IV le recibió con igual cortesía. En todas partes Manuel encontró una acogida respetuosa, y tenía la esperanza de que, si bien sus anfitriones no podrían proporcionarle un ejército, por lo menos volvería a su patria con gran cantidad de dinero. El Papa había ofrecido indulgencias a quienes diesen dinero para la defensa de Constantinopla. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, Manuel se dio cuenta de que incluso en este aspecto había sido excesivamente optimista. Desde Londres volvió a París en febrero de 1401 y se instaló en Francia en condición de huésped de Carlos VI, como si no se atreviera a enfrentarse a la idea de volver a su asediada ciudad.

Mientras tanto, su sobrino Juan VII dirigía la defensa de Constantinopla con la ayuda del contingente francés que había dejado el mariscal de Boucicaut. Pero el año 1400 llegaron noticias de que los mongoles habían irrumpido en Asia Menor por el Este. Hacía tiempo que Bayaceto sabía que el Imperio mongol estaba siendo reconstruido por su más importante jefe desde Gengis Jan. Su nombre era Tamerlán (Timur Lenk). Era medio turco medio tártaro y de religión musulmana. Tamerlán estableció su capital en Samarcanda y desde allí dirigió sus conquistas en todas direcciones, contra la Horda de Oro de Rusia y hasta la India. Hacia 1390, Tamerlán, tras conquistar Georgia y Armenia, tuvo su primer contacto con los otomanos. Luego, en 1400, su ejército conquistó Sivas, que estaba defendida por el hijo de Bayaceto. No fue sino un aviso para el Sultán. Los mongoles se dirigieron entonces contra Siria y luego contra Bagdad, que cayó en su poder en julio de 1401.



Los mongoles hubieran dejado probablemente en paz a los turcos de no haber provocado Bayaceto a Tamerlán. Por otra parte, los bizantinos y los occidentales consideraron a Tamerlán un aliado potencial e intercambiaron embajadas con él. En la primavera de 1402, molesto por las burlas de Bayaceto, Tamerlán avanzó hacia Anatolia, pasando de nuevo por Sivas. El Sultán arriesgó todo en una sola batalla a campo abierto, y el 28 de julio de 1402 los ejércitos otomano y mongol se enfrentaron cerca de Ankara (Angora). La lucha fue larga y dura, pero el resultado constituyó una clara victoria de los mongoles. Bayaceto fue hecho prisionero y murió sin ser liberado. Cuatro de sus hijos consiguieron escapar y se disputaron la sucesión entre ellos. Pero el Imperio otomano, por lo menos en Asia, quedó arruinado y desmembrado por los mongoles, que avanzaron hasta la costa e incluso arrebataron Esmirna a los Caballeros de San Juan.

Así se acabaron las operaciones de Tamerlán en Asia Menor. Se retiró tan repentinamente como había llegado, y en 1405, murió. Su presencia había ciertamente desequilibrado a los turcos y dado nuevos ánimos a los cristianos. Hasta la misma Inglaterra llegó la leyenda de que un gran señor oriental se había convertido al cristianismo y destruido a los infieles. Pero tras la batalla de Ankara de 1402, la cuestión era si los bizantinos y sus aliados occidentales podrían aprovechar la desintegración del Imperio otomano.

## V. *El último medio siglo y la caída de Constantinopla (1402-1453)*

Las buenas noticias de la batalla de Ankara llegaron al emperador Manuel estando en París en septiembre de 1402, pero tardaría casi un año en volver a Constantinopla. Mientras tanto, su sobrino Juan VII había tomado sus propias medidas para afrontar la situación, tan dramáticamente cambiada. Había terminado el bloqueo de Constantinopla y muerto el sultán Bayaceto. Pero el mayor de sus hijos, Solimán, llegó a Gallípolis en agosto de 1402 para hacerse cargo de las provincias otomanas

en Europa. Fue con Solimán con quien hicieron nuevos tratados Juan VII, los genoveses, los venecianos y demás partes interesadas. Los bizantinos se vieron particularmente favorecidos. Salónica, con el monte Atos, les fueron devueltos, así como una parte importante de la costa del mar Negro; se abolió el tributo y Solimán juró hacerse vasallo del Emperador. A cambio debía ser reconocido dueño de los dominios otomanos en Rumelia, o Europa, con capital en Adrianópolis. Las tornas habían cambiado. Los bizantinos habían pasado de ser súbditos de los turcos a ser sus señores. Este acuerdo fue ratificado por Manuel II en junio de 1403 en todos los puntos, excepto en uno. Juan VII debía de abandonar Constantinopla y reinar en Salónica. Allí permaneció hasta su muerte en 1408.

Solimán fue lo bastante inteligente para ser el primero de los hijos de Bayaceto en reclamar las provincias otomanas en Europa, que habían sido seriamente afectadas por la batalla de Ankara. Pero no fue el único pretendiente al título de Bayaceto. Era inevitable que sus hermanos, una vez que hubieron agrupado algunos de los dispersos fragmentos del sultanato en Asia intentaran unirlos a los territorios europeos y era también inevitable que los bizantinos, llegado el momento, se vieran obligados a tomar partido en la lucha por el poder de los turcos. El primer encuentro tuvo lugar entre Solimán y su hermano Muza (Mūsā). En 1410 Solimán fue derrotado y muerto en Adrianópolis. Muza estaba decidido a castigar a los cristianos que habían ayudado a su rival. Denunció el acuerdo de 1403, atacó Salónica y reanudó el asedio de Constantinopla. Pero la ciudad se hallaba ahora bien preparada para un sitio y podía defenderse por mar; además Manuel llamó a Mohamed, hermano de Muza, que estaba en Asia Menor, proporcionándole transporte y hospitalidad. En julio de 1413, sirviéndose de Constantinopla como base, Mohamed derrotó a Muza cerca de Sofía, y de esta manera, por eliminación, Mohamed se convirtió en sultán del Imperio otomano reunido de nuevo. Ello había sido posible gracias a los bizantinos y él les estaba sinceramente agradecido. Todos los privilegios otorgados por Solimán les fueron de nuevo reconocidos, y durante el tiempo que Mohamed I fue sultán, desde 1413 a 1421, fueron respetados. Mohamed empleó la mayor parte de sus energías en restablecer la situación en Asia, lo que dejó libres a los bizantinos para disfrutar y explotar su último respiro.

Manuel II no se hizo nunca ninguna ilusión de que este respiro fuera a durar ni de que la derrota de Ankara hubiera quebrado para siempre la fuerza de los turcos. Mantuvo estrechas relaciones con el mundo occidental, especialmente con



Francia, y Manuel Crisoloras fue un activo embajador encargado de que Occidente no olvidase a Constantinopla. Manuel se esforzó también por centralizar el control de las regiones que había conservado o recuperado por el tratado con Mohamed. Desde 1408, su hijo Andrónico fue déspota de Salónica. Otro de sus hijos, Teodoro II, fue nombrado déspota de Morea en 1407. Sucedió al hermano de Manuel, Teodoro I, que en sus veinticinco años de administración había conseguido mantener unida esta última provincia bizantina. Atenas había pasado de manos de los catalanes a otra banda de aventureros, la Compañía Navarra, y luego a la familia florentina de los Acciajuoli. Pero en 1394 recayó en Carlos Tocco de Cefalonia, que había sucedido a la familia Orsini en la posesión de Epiro y las islas jónicas. Fue Tocco quien provocó o ayudó a la primera invasión turca del centro y sur de Grecia. Pero no permanecieron en ella, y, a finales del siglo XIV, el despotado bizantino de Morea parecía más próspero y seguro que ninguna otra región del Imperio.

En 1414 Manuel se sintió lo suficientemente seguro para dejar Constantinopla una vez más e inspeccionar en persona la situación y las defensas de sus pocas provincias. Marchó primero a Salónica y de allí a Morea. Nadie sabía cuanto tiempo tardarían los turcos en invadir Grecia de nuevo. Manuel ordenó la construcción de una muralla, llamada el Hexamilión, a lo largo del istmo de Corinto. Su visita sirvió también para recordar a los terratenientes locales y al príncipe navarro de Acaya que la palabra del Emperador seguía teniendo fuerza de ley en Morea. Tras su vuelta a Constantinopla en 1416 envió a su hijo primogénito Juan a reunirse con su hermano Teodoro en Grecia, y Morea disfrutó de una precaria prosperidad durante algunos años más.

Su capital, Mistra, fue una especie de versión reducida de Constantinopla y el centro del último renacimiento cultural y artístico de Bizancio. La Corte de sus déspotas, como lo había sido la de Andrónico II cien años antes, se convirtió en un refugio de intelectuales. El hecho de que estuviese en suelo griego y cerca de la antigua Esparta dio alas a la ilusión de que podía ser la base de un nuevo helenismo, de un renacimiento de la filosofía e ideales griegos, capaz de infundir nueva vida al cadáver de Bizancio. El principal protagonista de esta idea romántica fue el sabio platónico Jorge Gemisto Pletón, que se había instalado en Mistra. Pletón consideraba a Grecia no como una provincia del Imperio bizantino, sino como el lugar de aparición de la antigua filosofía griega y la cuna del idioma en que dicha filosofía estaba escrita. Por ello propuso una serie

de detalladas medidas y reformas para convertir al Peloponeso en un principado autónomo en el que pudiera florecer de nuevo el helenismo. Sus ideas políticas no eran del todo impracticables. Pero sus opiniones acerca de la religión cristiana resultaban casi inaceptables, pues Pletón pretendía que los bizantinos rechazasen su fe y volviesen a la creencia en los antiguos dioses griegos. Su tratado sobre esta cuestión fue quemado por el patriarca de Constantinopla, y por lo menos en este aspecto, el profeta Pletón fue claramente rechazado en su propio país. El número de iglesias y monasterios dentro del límite de las murallas de Mistra aumentó en vez de disminuir, dando testimonio de la inquebrantable fe de los bizantinos en su cristianismo ortodoxo.

La paz firmada entre Manuel y Mohamed sufrió algunos quebrantamientos. En 1415, un pretendiente al sultanato, llamado Mustafá, que se decía hijo de Bayaceto, mezcló a los bizantinos en sus aventuras. Los venecianos y los servios también le apoyaron, y cuando Mohamed le acorraló, Mustafá recibió asilo del Emperador. Paradójicamente, el incidente tuvo escasas consecuencias sobre las relaciones del Emperador con Mohamed. Pero Constantinopla no podía esperar sobrevivir siempre con tan escasas garantías, pues Mohamed, como sabía perfectamente Manuel, estaba llevando a cabo una constante labor de reconstrucción del Imperio otomano en Asia, sobre unas bases aún más firmes que antes.

En enero de 1421, Manuel, que contaba ya setenta y un años y cuya salud era escasa, confió la mayor parte de sus poderes a su hijo primogénito Juan VIII, al que hizo venir de Grecia. Al poco tiempo murió Mohamed. Su hijo Murad II le sucedió como sultán y en un principio fue reconocido como tal por Manuel. Pero en Bizancio había un partido, encabezado por el joven Juan VIII, que creía conveniente promover disensiones entre los turcos reconociendo como sultán al pretendiente Mustafá. Este no duró mucho tiempo, y tan pronto como Murad le hubo vencido se vengó de los bizantinos, que habían respaldado el complot. En junio de 1422 puso sitio a Constantinopla. Los emperadores veían ya de manera terroríficamente clara que había terminado su entendimiento con los turcos, pues Murad, sultán ya de Europa y Asia, consideraba Constantinopla como el último eslabón que le faltaba para completar la cadena de su Imperio. Por ello emprendió el sitio de 1422 con todos los medios a su alcance. Pero la defensa fue tenaz y en septiembre Murad tuvo que retirarse para ocuparse de otro usurpador aparecido en Asia. En febrero de 1424 firmó otro tratado con Bizancio, que significó la paz para el Imperio, pero



los emperadores tuvieron de nuevo que pagar tributo al Sultán y su autoridad estaba casi limitada a los suburbios de su capital.

El levantamiento del sitio de Constantinopla no significó tampoco que la paz se extendiese a otras partes del Imperio. En 1423 los ejércitos de Murad invadieron Albania, pusieron sitio a Salónica y penetraron en Grecia. El muro Hexamilión de Corinto resultó ineficaz y los turcos se lanzaron sobre Morea y devastaron la región. Juan VIII, convertido ya en Emperador virtual, decidió hacer un nuevo llamamiento personal al mundo occidental. En noviembre de 1423 dejó Constantinopla para visitar Venecia, Milán y Hungría. Volvió un año más tarde con pocos resultados positivos. Sólo los venecianos, alarmados ante la amenaza que representaban los turcos frente a sus intereses en Albania y Morea, se mostraron activamente interesados. A comienzos del mismo 1423, al poner los turcos sitio a Salónica, Andrónico, hijo de Manuel, había ofrecido entregar la ciudad a Venecia. Se trataba de una cesión más que de una venta, y en septiembre, los venecianos enviaron gobernadores para administrar Salónica. Tenían la esperanza de convertirla en una segunda Venecia. Pero el Sultán frustró sus intenciones. Exigió un tributo aún mayor y sus tropas continuaron sitiando la ciudad. Su posesión llegó a ser más un riesgo que una ventaja, y sus habitantes griegos, hambrientos y empobrecidos, se volvieron contra sus dueños italianos. En marzo de 1430 Murad en persona dirigió el asalto final que quebró sus defensas. Los venecianos se alejaron y la segunda ciudad del Imperio bizantino cayó en manos de los turcos por segunda y definitiva vez.

El 21 de julio de 1425 murió Manuel, quedando Juan VIII como Emperador único. Poco tiempo antes de su muerte, Manuel había aconsejado a su hijo que no prometiera la unión de las Iglesias como acicate para inclinar a las potencias occidentales a preparar una nueva cruzada. Manuel se había mostrado siempre escéptico sobre los beneficios que ello reportaría, pues cualquier acercamiento entre los cristianos orientales y occidentales enojaría aún más a los turcos, y la mayoría de los bizantinos, aun en una situación extrema, seguirían rechazando la idea de someterse a la autoridad papal y al credo romano. Pero Juan VIII no veía otra alternativa. Lo mejor que se le ocurrió para suavizar la oposición de su pueblo fue insistir en que, si bien la unión de las Iglesias era un requisito previo a cualquier cruzada que acudiera en su ayuda, debía hacerse según un procedimiento aprobado por los teólogos bizantinos y no ser impuesta como en el caso de la unión de Lyon. Se celebraría un concilio ecuménico. Las circunstancias favorecían sus planes, pues en esta

época estaba extendida en la Iglesia occidental la creencia en la superioridad del concilio sobre el Papa. Durante algún tiempo pareció que los bizantinos se podrían entender mejor con los partidarios de la teoría conciliar, en Basilea, que con el Papa en Italia.

Finalmente, sin embargo, el papa Eugenio IV accedió a convocar un concilio en Italia e invitó al Emperador a asistir junto con sus obispos. Juan hizo venir de Morea a su hermano Constantino para que se hiciera cargo del gobierno durante su ausencia, y en noviembre de 1437 emprendió viaje hacia Ferrara donde debía celebrarse el concilio. Con él marcharon el patriarca José y los obispos Besarión de Nicea, Isidoro de Kiev y Marco Eugénico de Efeso, delegados de los otros patriarcas orientales y numerosos dignatarios. Fue un asunto muy diferente al concilio de Lyon de 1274 y a la sumisión de Juan V a Roma en 1369. En los últimos años, el grupo unionista había ganado terreno en Bizancio. Intelectuales, como Besarión e Isidoro, tenían un alto concepto de la cultura latina y de la teología católica. Pero seguían siendo una minoría. Las discusiones y enfrentamientos de Ferrara, y luego de Florencia, adonde se trasladó el concilio en 1439, fueron largas y a veces violentas. Pero el 6 de julio de 1439 se llevó finalmente a cabo la proclamación de la unión de las Iglesias por Besarión y el cardenal Cesarini. Los delegados bizantinos habían defendido su dignidad y sus posiciones teológicas hasta el límite de sus fuerzas. El Emperador regresó a Constantinopla confiando en que la recompensa sería la organización de una cruzada.

La reacción en Constantinopla fue inmediata y violenta. Fue encabezada por el obispo Marco Eugénico de Efeso, que se había negado a firmar el decreto de unión de Florencia. Otros que lo habían firmado cambiaron de opinión. Uno de ellos fue el filósofo Jorge Escolario, que sería más tarde el primer Patriarca de Constantinopla bajo gobierno otomano. Se quedaron en Italia algunos unionistas como Besarión, al que luego seguiría Isidoro de Kiev, acusado por los rusos de traidor a la ortodoxia. También el sultán Murad estaba enojado y desconfiaba de este entendimiento entre Oriente y Occidente. Por tanto, el Concilio de Florencia dividió a la sociedad bizantina en el momento en que la unidad era más necesaria, y, aunque tuvo ciertas consecuencias sobre la historia de la Iglesia, sus efectos políticos fueron el alejamiento de los rusos ortodoxos y el enojo de los turcos.

Murad se dio cuenta de que la contraofensiva podía venir de Hungría. Jorge Branković, que había sucedido a su tío Esteban Lazarević en el cargo de déspota de Servia en 1427, había



concedido a su hija en matrimonio al Sultán. Pero era conocida su alianza de aquel momento con Hungría y había erigido una gran fortaleza en Smederevo, a orillas del Danubio. En 1440, al predicar el papa Eugenio su prometida cruzada, fueron estas regiones las que respondieron a la convocatoria. Fue organizada por Ladislao III de Hungría, al que se unieron Jorge Brankovic y Juan Hunyadi, voivoda de Transilvania, que se había distinguido anteriormente en sus luchas contra los turcos. Era un momento propicio por haber tenido que marchar el Sultán a Asia Menor, y el espíritu de revuelta era contagioso. En Albania se produjo una rebelión, instigada por un renegado musulmán, llamado Jorge Castrioto, al que el mismo Murad había dado el nombre de Alejandro o Skanderberg. Incluso en la Morea bizantina, el hermano del Emperador, Constantino, hizo con gran optimismo reconstruir el Hexamilión y obligó al señor italiano de Atenas a pagarle tributo.

En medio de circunstancias tan prometedoras, la cruzada húngara avanzó desde Smederevo por el Danubio, penetrando en Bulgaria. Allí se le unieron refuerzos al mando del legado papal, cardenal Cesarini. Era un ejército impresionante y Murad prefirió esperar. En 1444 volvió precipitadamente a Europa y en junio recibió en Adrianópolis emisarios de Ladislao, Branković y Hunyadi. Se firmó una tregua de diez años, que fue ratificada por Ladislao en Szegedin, en el mes de julio. Branković se inclinaba a respetar la tregua, pero los otros jefes no estaban de acuerdo y el cardenal insistía en que la cruzada debía proseguir. Absolvió a Ladislao del juramento prestado al Sultán y en septiembre el ejército continuó su marcha a través de Bulgaria en dirección al mar Negro, donde esperaban hallar una flota veneciana de apoyo. Murad, que había vuelto a Anatolia, quedó impresionado por la perfidia de los cristianos. Condujo rápidamente su ejército al norte del Danubio. El 10 de noviembre de 1444, la cruzada sufrió una aplastante derrota en Varna. Ladislao de Hungría y el cardenal Cesarini murieron. Solamente Juan Hunyadi consiguió escapar.

La cruzada de Varna fue el último esfuerzo conjunto de la Cristiandad occidental para liberar Constantinopla. Pero no llegó a la ciudad. El Emperador bizantino no había participado en ella y gran parte de sus súbditos no sintieron en absoluto que acabase en un desastre, pues no estaban dispuestos a renunciar a su fe para ser salvados. Además, muchos cristianos que habían vivido bajo gobierno musulmán durante una o más generaciones preferían la justicia y tolerancia de los turcos a la incertidumbre de una liberación. Es cierto que Murad había reorganizado su fuerza de choque de jenízaros obligando a las

familias cristianas a entregar a sus hijos varones. Pero estas exigencias ya no eran muy grandes, y a pesar de éstas y otras cargas, muchos griegos pensaban y afirmaban que les resultaba preferible el sometimiento a los turcos que la dependencia con respecto a los latinos.

Murad se tomó rápida venganza sobre los que habían acudido a la cruzada o elegido ese momento para la rebelión. En 1446 sus tropas invadieron Grecia, destruyeron la muralla del istmo y por segunda vez penetraron en Morea, si bien no se llevó a cabo la ocupación turca y el déspota Constantino pudo seguir gobernando en calidad de vasallo. Después, los turcos ajustaron cuentas con Hunyadi y Skanderberg. Hunyadi fue derrotado en Kosovo en octubre de 1448. La resistencia en los Balcanes estaba casi llegando a su fin. Entre los jefes originarios de la cruzada, solamente sobrevivió Jorge Brankovič como vasallo de los turcos, hasta su muerte en 1456. Pero Skanderberg pudo escapar a los turcos y resistió en las montañas de Albania hasta 1467.

En octubre de 1448 moría el emperador Juan VII, sin heredero y sin esperanzas. Vino de Morea su hermano Constantino para hacerse cargo de la *damnosa hereditas* de Constantinopla. El sultán Murad se lo permitió de buen grado. Había ya delegado su autoridad en su hijo Mohamed, quien, una vez conjurada la amenaza de la última cruzada, podía esperar heredar un tranquilo y floreciente Imperio otomano, al que sólo restaba para estar completo la ciudad de Constantinopla. En febrero heredó el Imperio a la muerte de su padre, y desde el mismo momento de su acceso manifestó claramente que su principal objetivo era la conquista de Constantinopla. Los bizantinos creían que estaban a punto de cumplirse todas las teorías acerca del Anticristo. Vieron cómo a lo largo del Bósforo, en el lado europeo, se construía una gran fortaleza, llamada Rumeli Hissar, desde la que podrían lanzar el ataque. Cerraron el Cuerno de Oro con una cadena. Apenas podían hacer otra cosa que permanecer vigilantes y confiar en que los muros de su ciudad, que habían desafiado a tantos agresores, podrían resistir ante este último enemigo.

Aún había alguna débil esperanza en la llegada de ayuda desde Occidente. El emperador Constantino recordó al Papa que el Concilio de Florencia no había sido inútil, y en diciembre de 1452 Isidoro de Kiev, convertido en cardenal de la Iglesia romana, proclamó solemnemente en Santa Sofía la unión de las Iglesias. La mayor parte de los bizantinos lo consideraron la última indignidad. Pero tampoco tuvo una respuesta significativa por parte del mundo católico. El único monarca occidental que demostró algún interés por Bizancio fue Alfonso V de



Aragón y Nápoles, cuya ambición era restablecer el Imperio latino. Este proyecto carecía de todo realismo y los sueños del rey español carecían de relevancia para los ciudadanos de Constantinopla. Sin embargo, al llegar el último momento, los venecianos de la ciudad se sumaron con todas sus fuerzas a la defensa, y el soldado genovés Juan Giustiniani, con setecientos hombres, se hizo cargo de la defensa de las murallas de tierra. Era una tardía recompensa por todos los perjuicios que los italianos habían causado a Bizancio en tiempos pasados.

El sultán Mohamed II inició el asedio de la ciudad el 7 de abril de 1453. Los barcos turcos, que intentaron forzar la entrada a pesar de la cadena del Cuerno de Oro, fueron rechazados en medio del regocijo de los defensores. Pero el Sultán ordenó entonces transportar por tierra los barcos desde el Bósforo al Cuerno de Oro, operación que los genoveses de Gálata, que se habían proclamado neutrales, hicieron muy poco por dificultar. La ciudad quedó así sitiada por tierra y por mar y sus viejas murallas tuvieron que sufrir el continuo bombardeo de la artillería pesada que Mohamed había hecho fabricar. El 29 de mayo se extendió la noticia de que iban a ser asaltadas las murallas de tierra. El Emperador y su pueblo, tanto griego como latino, rezaron juntos por última vez en Santa Sofía y ocuparon sus posiciones. El ataque comenzó bastante antes del amanecer. Los defensores resistieron durante algún tiempo, hasta que algunos jenízaros se abrieron paso por una pequeña puerta en las murallas. En las escaramuzas que siguieron, Giustiniani cayó mortalmente herido y las noticias hicieron cundir la confusión y el pánico. El emperador Constantino fue visto por última vez luchando a pie firme en una de las puertas de la ciudad. Su cadáver no pudo ser identificado con seguridad. Los turcos penetraron en la ciudad.

Después de tres días y tres noches de saqueo por parte de sus tropas, Mohamed II entró en la ciudad e hizo su paseo triunfal hasta la catedral de Santa Sofía para dar gracias, no a la Sagrada Sabiduría de Cristo, sino a Allah. El Imperio bizantino había por fin sucumbido ante el Imperio otomano. El Sultán-*Basileus* reinó como jefe supremo en la ciudad de Constantino. Fuera de la ciudad quedaban aún algunos focos de resistencia, pero una vez dueño de la capital, Mohamed pensó que podía esperar. Atenas fue tomada por sus tropas en 1456. Cuatro años más tarde, los dos déspotas de Morea, hermanos del último Emperador, fueron obligados a abandonar la provincia por cuya posesión habían luchado entre sí. Tomás Paleólogo huyó a Italia y Demetrio a la Corte del Sultán. En 1461 el Imperio de Trebisonda, que había mantenido su precaria exis-

tencia a orillas del mar Negro plegándose tanto a los turcos como a los mongoles, cedió en la lucha; y con el final sometimiento de los últimos focos de resistencia en Servia, Bosnia y Albania, se completó finalmente la transformación del mundo bizantino en el otomano, que había durado más de un siglo.



# LISTAS DE EMPERADORES

## I. Emperadores tardorromanos y bizantinos

324-337. Constantino I.
337-361. Constancio.
361-363. Juliano.
363-364. Joviano.
364-378. Valente
379-395. Teodosio I.
395-408. Arcadio.
408-450. Teodosio II.
450-457. Marciano.
457-474. León I.
474. León II.
474-475. Zenón.
475-476. Basilisco.
476-491. Zenón (2.ª vez).
491-518. Anastasio I.
518-527. Justino I.
527-565. Justiniano I.
565-578. Justino II.
578-582. Tiberio I Constantino.
582-602. Mauricio.
602-610. Focas.
610-641. Heraclio.
641. Constantino III y Heracleonas.
641. Heracleonas.
641-668. Constante II.
668-685. Constantino IV.
685-695. Justiniano II.
695-698. Leoncio.
698-705. Tiberio II.
705-711. Justiniano II (2.ª vez).
711-713. Filípico.
713-715. Anastasio II.
715-717. Teodosio III.
717-741. León III.
741-775. Constantino V.
775-780. León IV.
780-797. Constantino VI.
797-802. Irene.
802-811. Nicéforo I.
811. Estauracio.
811-813. Miguel I Rangabe.
813-820. León V.
820-829. Miguel II.
829-842. Teófilo.
842-867. Miguel III.
867-886. Basilio I.
886-912. León VI.
912-913. Alejandro.
913-959. Constantino VII.
920-944. Romano I Lecapeno.
959-963. Romano II.
963-969. Nicéfono II Focas.
969-976. Juan I Zimisces.
976-1025. Basilio II.
1025-1028. Constantino VIII.
1028-1034. Romano III Argiro.
1034-1041. Miguel IV.
1041-1042. Miguel V.
1042. Zoe y Teodora.
1042-1055. Constantino IX Monómaco.
1055-1056. Teodora (2.ª vez).
1056-1057. Miguel VI.
1057-1059. Isaac I Comneno.
1059-1067. Constantino X Ducas.
1068-1071. Romano IV Diógenes.
1071-1078. Miguel VII Ducas.
1078-1081. Nicéforo III Botaniates.
1081-1118. Alejo I Comneno.
1118-1143. Juan II Comneno.
1143-1180. Manuel I Comneno.
1180-1183. Alejo II Comneno.
1183-1185. Andrónico I Comneno.
1185-1195. Isaac II Angel.
1195-1203. Alejo III Angel.
1203-1204. Isaac II (2.ª vez) y Alejo IV Angel.
1204. Alejo V Murzuflo.
1204. Constantino Lascaris.
1204-1222. Teodoro I Lascaris
1222-1254. Juan III Ducas Vatazes.
1254-1258. Teodoro II Lascaris.
1258-1261. Juan IV Lascaris.
1259-1282. Miguel VIII Paleólogo.
1282-1328. Andrónico II Paleólogo.
1328-1341. Andrónico III Paleólogo.
1341-1391. Juan V Paleólogo.
1347-1354. Juan VI Cantacuceno.
1376-1379. Andrónico IV Paleólogo.
1390. Juan VII Paleólogo.
1391-1425. Manuel II Paleólogo.
1425-1448. Juan VIII Paleólogo.
1449-1453. Constantino XI Paleólogo.

## II. Déspotas de Epiro

1204-1215. Miguel I.
1215-1230. Teodoro.
1237-1271. Miguel II.
1271-1296. Nicéforo I.
1296-1318. Tomás.
1318-1323. Nicolás Orsini.
1323-1335. Juan Orsini.
1335-1340. Nicéforo II.

III. SALÓNICA

1224-1230. Teodoro.
1230-1237. Manuel.
1237-1244. Juan.
1244-1246. Demetrio.

IV. IMPERIO LATINO

1204-1205. Balduino I de Flandes.
1206-1216. Enrique de Flandes.
1217. Pedro de Courtenay.
1217-1219. Yolanda.
1221-1228. Roberto de Courtenay.
1231-1237. Juan de Brienne.
1228-1261. Balduino II de Courtenay.

V. OBISPOS Y PATRIARCAS DE CONSTANTINOPLA

315-327. Metrófanes.
327-340. Alejandro.
340-341. Paulo I.
341-342. Eusebio.
342-344. Paulo I (2.ª vez).
342-346. Macedonio I.
346-350. Paulo I (3.ª vez).
350-360. Macedonio (2.ª vez).
360-369. Eudocio.
369-379. Demófilo.
369-370. Evagrio.
379-381. Gregorio I Nacianceno.
381. Máximo I.
381-397. Nectario.
398-404. Juan I Crisóstomo.
404-405. Arsacio.
406-425. Atico.
426-427. Sisinio I.
428-431. Nestorio.
431-434. Maximiano.
434-446. Proclo.
446-449. Flaviano.
449-458. Anatolio.
458-471. Genadio I.
472-488. Acacio.
488-489. Fravitas.
489-495. Eufemio.
495-511. Macedonio II.
511-518. Timoteo I.
518-520. Juan II de Capadocia.
520-535. Epifanio.
535-536. Antimo I.
536-553. Menas.
552-565. Eutiquio.
565-577. Juan III Escolástico.
577-582. Eutiquio (2.ª vez).
582-595. Juan IV Nesteutes.
596-606. Ciriaco.
607-610. Tomás I.
610-638. Sergio I.
638-641. Pirro.
641-653. Paulo II.
654. Pirro (2.ª vez).
654-666. Pedro.
667-669. Tomás II.
669-675. Juan V.
675-677. Constantino I.
677-679. Teodoro I.
679-686. Jorge I.
686-687. Teodoro I (2.ª vez).
688-694. Paulo III.
694-706. Calínico.
706-712. Ciro.
712-715. Juan VI.
715-730. Germán I.
730-754. Anastasio.
754-766. Constantino II.
766-780. Nicetas I.
780-784. Paulo IV.
784-806. Tarasio.
806-815. Nicéforo I.
815-821. Teodoto I Meliseno.
821-837. Antonio I Casimates.
837-843. Juan VII el Gramático.
843-847. Metodio I.
847-858. Ignacio.
858-867. Focio.
867-877. Ignacio (2.ª vez).
877-886. Focio (2.ª vez).
886-893. Esteban I.
893-901. Antonio II Cauleas.
901-907. Nicolás I el Místico.
907-912. Eutimio.
912-925. Nicolás I el Místico (2.ª vez).
925-927. Esteban II.
927-931. Trifón.
933-956. Teofilacto.
956-970. Polieucto.
970-973. Basilio I el Escamandriano.
973-976. Antonio III el Estudita.
980-992. Nicolás II Crisoberges.
996-998. Sisinio II.
1001-1019. Sergio II.
1019-1025. Eustacio.
1025-1043. Alejo el Estudita.
1043-1058. Miguel I Cerulario.
1059-1063. Constantino III Leicudes.
1064-1075. Juan VIII Jifilino.
1075-1081. Cosmas I Hierosolimites.
1081-1084. Eustacio Garidas.
1084-1111. Nicolás III el Gramático.
1111-1134. Juan IX Agapito.
1134-1143. León Estipes.
1143-1146. Miguel II Curcuas Ojeites.
1146-1147. Cosmas II el Atico.
1147-1151. Nicolás IV Muzalón.
1151-1153/4. Teodoto II.
1153/4-1154. Neófito.



1154-1157. Constantino IV Cliareno.
1157-1170. Lucas Crisoberges.
1170-1178. Miguel III Anquialo.
1178-1179. Cariton Eugeniotes.
1179-1183. Teodosio I Boradiotes.
1183-1186. Basilio II Camatero.
1186-1189. Nicetas II Muntanes.
1189. Dositeo de Jerusalén.
1189. Leoncio Teotoquites.
1189-1191. Dositeo de Jerusalén (2.ª vez).
1191-1198. Jorge II Jifilino.
1198-1206. Juan X Camatero.
1208-1214. Miguel IV Autoreiano.
1214-1216. Teodoro II Eirénico.
1240. Metodio II.
1217-1222. Manuel I Saranteno.
1222-1240. Germán II.
1240. Metodio II.
1244-1255. Manuel II.
1255-1259. Arsenio Autoreiano.
1260-1261. Nicéforo II.
1261-1264. Arsenio Autoreiano (2.ª vez).
1265-1267. Germán III.
1267-1275. José I.
1275-1282. Juan XI Becco.
1282-1283. José I (2.ª vez).
1283-1289. Gregorio II de Chipre.
1289-1293. Atanasio I.
1294-1303. Juan XII Cosmas.
1303-1310. Atanasio I (2.ª vez).
1310-1314. Nefón.
1315-1319. Juan XIII Gliquis.
1320-1321. Gerásimo I.
1323-1334. Isaías.
1334-1347. Juan XIV Calecas.
1347-1350. Isidoro.
1350-1353. Calisto I.
1353-1354. Filoteo Coquino.
1355-1363. Calisto I (2.ª vez).
1364-1376. Filoteo Coquino.
1376-1379. Macario.
1379-1388. Neilo.
1389-1390. Antonio IV.
1390-1391. Macario (2.ª vez).
1391-1397. Antonio IV (2.ª vez).
1397. Calisto II Jantópulo.
1397-1410. Mateo.
1410-1416. Eutimio II.
1416-1439. José II.
1440-1443. Metrófanes II.
1443-1451. Gregorio III Meliseno Estrategópulo.
1450. Atanasio II.
1453-1456. Genadio II Escolario.

VI. CALIFAS (HASTA 1075)

*Los sucesores inmediatos del Profeta*

623-634. Abu Bakr (Abū Bakr).
634-644. Omar I (ʿUmar).
644-656. Utmán (ʿUtman).
656-661. Alí (ʿAlī).

*Omeyas*

661-680. Muhawiya I (Muʿāwiya).
680-683. Yazid (Yazīd).
683-684(?) Muhawiya II.
684-685. Marwán (Marwān).
685-705. Abd al-Malik (ʿAbad al-Malik).
705-715. Walid I.
715-717. Solimán (Sulaymān).
715-720. Omar II.
720-724. Yazid II.
724-743. Hisám (Hišām).
743-744. Wabd II.
744. Yazid III.
744-750. Marwán II.
744. Ibrahim.

*Abásidas (ʿAbbāsíes) (hasta 1075)*

750-754. al-Safar (al-Saffār).
754-775. Almanzor (al-Mansūr).
775-785. al-Mahdi (al-Mahdī).
785-786. al-Hadi (al-Hadī).
786-809. Harun al-Rasid (Hārūn al-Rašīd).
809-813. al-Amin (al-Amīn).
813-833. al-Mamun (al-Maʿmūn).
833-842. al-Mutasim (al-Mutasim).
842-847. al-Watik (al-Wātik).
847-861. al-Mutawakil (al-Mutawakkil).
861-862. al-Mustansir (al-Mustansir).
862-866. al-Muʿtazz.
866-869. al-Muštadī.
869-892. al-Muʿtamid.
892-902. al-Muʿtadid.
902-908. al-Muqtafī.
912-932. al-Muqtadir.
932-934. al-Qāhir.
934-940. al-Rādī.
940-943. al-Muttaqī.
943-946. al-Mustaqfī.
946-974. al-Mutī.
974-991. al-Tāʿī.
991-1031. al-Qādir.
1031-1075. al-Qāʿim.

VII. LOS SULTANES SELYÚCIDAS (SILYUQÍES) DE ICONIO

1077/8-1086. Solimán (Sulaymān) I.
1092-1107. Kilidš Arslan I.
1107-1116. Malik Šab.
1116-1156. Masʿūd I.
1156-1192. Kilidš Arslan II.
1192-1196. Kaikosru I.

1196-1204. Solimán II.
1204. Kilidš Arslan II.
1204-1210. Kaikosru I (2.ª vez).
1210-1220. Kaikaus I.
1220-1237. Kaikubad I.
1237-1245. Kaikosru II.
1246-1257. Kaikaus II.
1248-1265. Kilidš Arslan IV.
1249-1257. Kaikubad II.
1265-1282. Kaikosru III.
1282-1304. Mas'ūd II.
1284-1307. Kaikubad III.
1307-1308. Mas'ūd III.

## VIII. Sultanes osmanlíes (hasta 1481)

1288-1326. Osmán.
1326-1362. Orján.
1362-1389. Murad I.
1389-1402. Bayaceto (Bāyazid) I.
1402-1421. Mehmed I (monarca desde 1413).
1402-1410. Solimán (Sulaymān).
1411-1413. Musa.
1421-1451. Murad II.
1451-1481. Mehmed II el Conquistador.

## IX. Emperadores búlgaros

*Primer Imperio búlgaro*

680-701. Asparuch.
701-718. Tervel.
718-724. Desconocido.
724-739. Sevar.
739-756. Kormisoš.
756-762. Vinech.
762-764. Teletz.
764-766. Sabin.
766. Omar, Oktu.
767-770. Pagan.
770-777. Telerig.
777-803. Kardam.
803-814. Krum.
814. Dokum, Dicevg.
814-831. Omurtag.
831-836. Malomir.
836-853. Presiam (quizá identificable con el anterior).
852-889. Boris I Miguel.
889-893. Vladimiro.
893-927. Simeón.
927-969. Pedro.
969-972. Boris II.

*Imperio macedonio*

976-1014. Samuel.
1014-1015. Gabriel Radomir.
1015-1018. Juan Ladislao.

*Segundo Imperio búlgaro*

1187-1196. Asen I.
1196-1197. Pedro.
1197-1207. Caloyán.
1207-1218. Boril.
1218-1241. Iván Asen II.
1241-1246. Calimán Asen.
1246-1257. Miguel Asen.
1257-1277. Constantino Tich.
1277-1281. Ivailo.
1279-1280. Iván Asén III.
1280-1292. Jorge I Terter.
1292-1298. Smiletz Interregno.
1299. Čaka.
1300-1322. Teodoro Svetoslav.
1322-1323. Jorge II Terter.
1323-1330. Miguel Šišman.
1330-1331. Iván Esteban.
1331-1371. Iván Alejandro.
1371-1393. Iván Šišman.
(1365-1396 en Vidin: Iván Stracimir).

## X. Principado servio

Mediados del siglo IX Vlastimir.
Hasta 891 Mutimir.
891-892. Prvoslav.
892-917. Pedro Gojniković.
912-920. Pablo Branović.
920-924. Zacarías Prvoslavljević.
927-950. Časlav Klonimirović.

*Zeta*

Finales del siglo X-1016 Juan Vladimiro.
1040-1052. Esteban Voislav.
1052-1081. Miguel, rey desde 1077.
1081-1101. Constantino Bodin.

*Rascia*

1083-1114. Vukán.
1167-1196. Esteban Nemania.
1196-1228. Esteban Nemanjić, rey desde 1217.
1228-1234. Esteban Radoslao.
1234-1243. Esteban Ladislao.
1243-1276. Esteban Uroš I.
1276-1282. Esteban Dragutin.
1282-1321. Esteban Uroš II Milutin.
1321-1331. Esteban Uroš III Dečanski.



1331-1355. Esteban Dusan, zar desde 1435.
1355-1371. zar Esteban Uroš.
(1366-1371 rey Vukašin).
1371-1389. Príncipe Lázaro.
1389-1427. Esteban Lazarević, déspota desde 1402.
1427-1456. Jorge Brancović.
1456-1458. Lázaro Brancović.

## XI. Principado húngaro

*Dinastía de los Arpad*

972-997. Príncipe Geza.
997-1038. Esteban I el Santo.
1038-1041. Pedro.
1041-1044. Aba.
1044-1046. Pedro (2.ª vez).
1046-1060. Andrés I.
1060-1063. Bela I.
1063-1074. Salomón.
1074-1077. Geza I.
1077-1095. Ladislao I el Santo.
1095-1115. Colomán el Sabio.
1116-1131. Esteban II.
1131-1141. Bela II.
1141-1162. Geza II.
1162. Esteban III.
1162-1163. Ladislao II.
1163-1165. Esteban IV.
1165-1172. Esteban III (2.ª vez).
1172-1196. Bela III.
1196-1205. Emmerich.
1205. Ladislao III.
1205-1235. Andrés II.
1235-1270. Bela IV.
1270-1272. Esteban V.
1272-1290. Ladislao IV.
1290-1301. Andrés III.

*Casa de Anjou*

1308-1342. Carlos Roberto.
1342-1382. Luis el Grande.
1382-1385. María.
1385-1386. Carlos III de Nápoles.

*Casas de Luxemburgo, Habsburgo y otras*

1387-1437. Segismundo.
1437-1439. Alberto II.
1440-1457. Ladislao V el Póstumo.
1458-1490. Mateo I Corvino.

## XII. Príncipes normandos de Sicilia

1061-1101. (Conde) Roger I.
1101-1154. Roger II.
1154-1166. Guillermo I.
1166-1189. Guillermo II.
1189-1194. Tancredo de Lecco.
1194. Guillermo III.